RAMÓN CARALT SANROMÁ

LA MANO GRIS

COMEDIA EN CUATRO ACTOS, ORIGINAL



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1915

LA MANO GRIS

LA MANO GRIS

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

original de

RAMÓN CARALT SANROMÁ

Estrenada con grandioso éxito en el TEATRO PRICE de Madrid,
la noche del 28 de Diciembre de 1914


MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1915

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
HILDA CLEAVER, condesa de Weissen	SRTA.	CORTINA.
MISS LILY PARKER	SRA.	ABRINES (L.)
MISS VIOLETA BECKER		GASPAR.
MISS JESSIE FLAXMAN		ILLESCAS.
LA CONDESA DE PAGET		QUESADA.
MADAM NIX		BLANCA.
MISS ARABELLA		GARLAN.
LA DUQUESA DE KASSEL		CANO.
LA BARONESA DE MÜNSTER		ABRINES (M.)
DORIS		CANO.
KETTY		ABRINES (M.)
NICK CARTER	SR.	CARALT.
EL CONDE DE WEISSEN, embajador de Alemania		AGUIRRE.
EL DUQUE DE QUEENSTOWN		NAVARRO.
EL VIZCONDE DE YARE		VILLARREAL.
HANS KUPFER, canciller de la Embajada		CAMARERO.
EL BARÓN DE ROXBURY		SOCIAS.
EL PRÍNCIPE LEOPOLDO DE SUABIA		CASTRO.
JENKINS		SANTANDER.
LORD WALDEGRAVE		SAVAL.
EL CONDE DE BELFAST		SENDER.
EL DETECTIVE HOOKINS		SAVAL.
PADDY		CARRILLO.

Policías, máscaras, invitados



ACTO PRIMERO

Magnífico salón de columnas en la Embajada alemana en Londres. Puerta al fondo que comunica con otros salones Puerta a la izquierda que conduce a las habitaciones interiores. Vidriera de cristales a la derecha que conduce a una terrasse por la que se verá el parque iluminado por la luna.

ESCENA PRIMERA

HILDA, PADDY, luego BARON DE ROXBURY

Al levantarse el telón la escena está completamente a obscuras, solo la luna que entra por el arco lateral la ilumina en parte. Se oye dentro la orquesta que ejecuta un vals de Strauss. Pausa. Se abre la puerta del fondo y entra Paddy de gran librea, que enciende la electricidad. Le sigue Hilda, vistiendo un rico disfraz María Antonieta.

HILDA — ¿Por qué no se ha habilitado este salón para la fiesta?

PADDY — Porque según dijo el mayordomo, el señor Conde, prepara en él una sorpresa á los invitados.

HILDA — ¡Una sorpresa! ¿Qué será? Puede usted retirarse. (Vase el criado. En el campanario de la vecina iglesia suenan las dos.) ¡Esta es la hora! (Apaga la luz. Por la terrasse aparece el Barón de Roxbury, vistiendo rico dominó de seda encima de un traje de Pierrot y cubriéndose la cara con un antifaz.)

BARÓN — Hilda.

HILDA — Aquí estoy. ¿Qué quieres?

BARÓN (Quitándose el antifaz.) Necesito de ti, Hilda, mi buena Hilda. Necesito de ti por última vez.

HILDA Te dije ya que todo había terminado entre nosotros, que me era imposible darte más dinero. He vendido mis mejores joyas por complacerte, he robado a mi marido. Ya nada más puedo hacer por ti.

BARÓN Puedes hacer mucho. Nunca como hoy estuvo tan comprometido mi honor.

HILDA ¿Jugaste nuevamente? Siempre el maldito vicio.

BARÓN No se trata ahora de juego, se trata de un asunto gravísimo en el que peligra mi vida.

HILDA ¿Qué dices?

BARÓN Que si tú, recordando lo mucho que nos hemos amado, no me salvas nuevamente...

HILDA ¡Silencio! (Le parece oir ruido y corre hacia el fondo.)

BARÓN Nada temas. Hasta las dos y media nadie vendrá a interrumpirnos.

HILDA ¿Por qué hasta las dos y media?

BARÓN Porque a esa hora tu marido tiene una entrevista secreta en este salón con cierta persona que ha de venderle un documento que me ha sido robado.

HILDA Explícate.

BARÓN La Comision técnica que entiende en el asunto de las fortificaciones sobre la desembocadura del Támesis, de la cual soy secretario, me confió ayer para su custodia el informe que junto con los planos levantados al respecto, debe presentarse al Ministro de la Guerra para su aprobación. Yo, torpe de mí, en vez de guardarlo en lugar seguro, lo guardé en el bolsillo de mi frac y me dirigí al club, donde permanecí hasta las cuatro de la mañana. Cuando llegué a mi casa el documento había desaparecido.

HILDA Te lo habían robado.

BARÓN Sí. Como comprenderás, yo no podía dar parte de lo ocurrido a la policía por tratarse de un asunto delicadísimo. Iba en ello mi honor, me exponía a ser expulsado del ejér-

cito. Emprendí serias pesquisas y he llegado a saber que tu esposo en su calidad de embajador de Alemania, trata de adquirir ese documento mediante diez mil libras esterlinas.

HILDA ¿Y qué quieres que haga?

BARÓN Que esta misma noche me devuelvas ese documento que tu esposo, con seguridad, guardará en la caja de hierro de su despacho y de la cual tienes una llave.

HILDA ¡Oh, no!

BARÓN Es la única solución. Yo no conozco a la persona que actualmente lo tiene en su poder, por lo tanto, nada puedo intentar contra ella.

HILDA Ocúltate aquí; asiste a la entrevista...

BARÓN ¿Y qué adelanto con eso? nada, puesto que el tal documento estará ya en poder de tu esposo, cuya personalidad es sagrada por tratarse de un embajador.

HILDA Preséntate antes de que se realice la venta.

BARÓN Y doy un escándalo en tu casa, enterando a los invitados a la fiesta de lo que deben ignorar. El asunto es grave. Si se tratara de valores podría hacer que la policía arrestase a quien los tuviera en su poder, pero se trata de secretos de Estado, que se hallan próximos a ser conocidos por otra nación y ya comprenderás que el palacio del representante de esa nación es el lugar menos indicado para impedir la compra de tales secretos.

HILDA Busca entonces otra solución; la que me propones es imposible.

BARÓN ¿No has abierto otras veces la caja de su despacho?

HILDA Para robarle, es cierto ,pero no documentos de importancia, si no algunos miserables billetes de Banco para fomentar tus vicios

BARÓN ¡Hilda!

HILDA Nos conocemos. Por eso me opuse a seguir saqueándole Cierta vez advirtió la sustracción y concibió sospechas de su secretario, cosa que yo no podía permitir. No extrañes, pues, que cuando hace dos meses viniste a

pedirme cinco mil libras para satisfacer tus deudas de juego, tomase la determinación de vender la mayor parte mis joyas para entregarte el dinero, manifestándote al propio tiempo que todo había terminado entre los dos.

BARÓN Es verdad.

HILDA ¿Por qué entonces vuelves a recurrir a mí?

BARÓN Porque tú eres mi ángel protector y me has salvado mil veces de la deshonra

HILDA ¿Pero es que no piensas nunca cambiar de conducta? ¿No te has burlado lo bastante de esta pobre mujer ¡Tú eres la causa de mi desventura! Mis padres se negaron á concederte mi mano, debido a los malos informes que tenían de ti; sin embargo, había sido ya tuya y tuya seguí siendo a pesar de mi matrimonio con el Conde de Weissen. Hiciste de esta infeliz una verdadera esclava. Te he amado mucho, es cierto; pero todo ha de tener término en esta vida. Aléjate para siempre de mi lado, no me martirices más; déjame sola con mis remordimientos.

BARÓN Haz lo que te pido y no volverás a saber de mí.

HILDA ¡Imposible!

BARÓN ¿Te niegas a complacerme?

HILDA Sí, me niego.

BARÓN Mira que he de obligarte.

HILDA ¿Cómo?

BARÓN ¿Olvidas que poseo cartas tuyas, que puedo hacer llegar a manos de tu esposo?

HILDA ¿Y te atreverías? ¡Eres un canalla! ¡Te creo capaz de todo! ¿Y yo he podido amarte?...

BARÓN No; perdóname.

HILDA ¡Cuando pienso que en otra época creí que contigo hubiera podido ser feliz!

BARÓN No lo dudes. Si tú no te hubieras casado con el Conde...

HILDA Me casé por despecho más que por voluntad. Me tenías olvidada. Supe que se estaba concertando tu matrimonio con la duquesita de Kenington...

BARÓN No es cierto. La prueba está en que no se llevó a cabo.

HILDA Debido también a tu conducta. Todo el

mundo hablaba de tus amores con una artista del Coliseum a la que acompañaste a París haciéndola pasar por tu esposa.

BARÓN Mienten.

HILDA ¡Habrá mayor cinismo que el tuyo! Si duran aún esas relaciones; lo sabe toda la aristocracia londinense. Se llama Olimpia de Fleurs y viven en un primer piso que amueblaste por tu cuenta, en Leicester Square.

BARÓN Bien, acabemos; no he venido aquí a perder el tiempo en tonterías. ¿Quieres acceder a lo que te pido?

HILDA No.

BARÓN Considera que mañana he de entregar ese informe y que no puedo de ninguna manera alegar que me lo han robado al salir del Club sin que recaiga sobre mí la sospecha de estar vendido al extranjero. Se trata de la defensa nacional, de la seguridad del país. Tú eres inglesa, Hilda, y tienes obligación de hacer cuanto puedas por la Patria.

HILDA Antes que ella está la tranquilidad de mi hogar.

BARÓN Por última vez te lo ruego.

HILDA Imposible.

BARÓN No me queda entonces más recurso que morir.

HILDA ¡Qué dices!

BARÓN Antes que ver deshonrado mi nombre, prefiero levantarme la tapa de los sesos. (Saca un revólver y se dirige al jardín.)

HILDA ¡No, Jorge, por Dios!

BARÓN ¿Consientes entonces?

HILDA Sí, pero a condición de que has de devolverme mis cartas.

BARÓN Voy por ellas.

HILDA A las tres, aquí. Tendrás el documento.

BARÓN Adiós. (Vase por el jardín.)

HILDA Adiós. Es preciso terminar para siempre. (Vase por el fondo. Por el rincón más oscuro del salón aparece una máscara que cautelosamente se va por el jardín.)

ESCENA II

El CONDE DE WEISSEN. El PRÍNCIPE LEOPOLDO. Entran por la izquierda. El Conde viste frac negro y pantalón corto. El Príncipe frac rojo

CONDE Aquí podremos hablar libremente, Alteza. (El Conde enciende la electricidad. El Príncipe se sienta.)

PRÍN. ¡Me tiene usted intranquilo, Conde! ¿Ocurre algo grave?

CONDE Lea Vuestra Alteza (Le entrega una carta después de cerciorarse de que nadie escucha.)

PRÍN. (Leyendo.) «Señor Conde de Weissen. En su carácter de embajador de Alemania, me dirijo a usted ofreciéndole la compra del informe relativo a las fortificaciones que el gobierno inglés tiene en proyecto para proteger la desembocadura del Támesis contra un posible ataque alemán. Se trata de un asunto serio y de gran interés para su patria. No hay necesidad de entrevistas preliminares. En el baile de máscaras que tendrá lugar en la embajada esta noche, un pierròt se presentará a usted en el salón de las columnas a las dos y media de la mañana y le entregará a cambio de diez mil libras esterlinas, el expresado documento. Sólo impongo como condición que hasta las tres de la mañana sea lícito usar el antifaz, que no se permita a los invitados el acceso al salón de las columnas hasta que haya terminado nuestro asunto y que dicho salón, permanezca casi a obscuras durante la entrevista. Confiando en su honor de diplomático y en sufe de caballero, se despide de usted afectuosamente. Un patriota alemán.»

CONDE ¿Qué opina Vuestra Alteza de esta carta?

PRÍN. ¿No sospecha usted quien pueda haberla escrito?

CONDE No, Alteza.

PRÍN. Tal vez alguno de los numerosos espías que nuestro gobierno tiene distribuídos por todo el territorio inglés. (Dándole la carta.)

CONDE No, porque en este caso la carta hubiera sido escrita en alemán.

PRÍN. ¿No le sería a usted fácil por las invitaciones?...

CONDE No, Alteza, puesto que es muy probable que se la haya pedido a un amigo. ¿Cómo comprobar en un baile en el que se entra con el rostro cubierto, que el que se anuncia como un alto personaje, verdaderamente lo es?

PRÍN. Tiene usted razón.

CONDE El único recurso sería fijarse en algún detalle del disfraz de ese pierrot y luego al dar las tres... pero ¡ca! trabajo inútil; aparte de que ha elegido un disfraz muy común, estoy seguro que una vez recibido el dinero desaparecerá antes de que llegue la hora de quitarse el antifaz.

PRÍN. Digo, esto, para el caso de que se tratase de alguna broma.

CONDE Vuestra Alteza comprenderá que aunque así fuera no habría más remedio que someterse a ella con resignacion, puesto que hasta las tres están todas permitidas.

PRÍN. Me refiero a bromas de otra especie; digamos a una estafa.

CONDE Por eso quise confiarme a Vuestra Alteza aprovechando su incógnita llegada a Londres. A nadie he comunicado el contenido de esta carta. Reservé únicamente este salón para la cita prometiendo a los invitados darles en él una gran sorpresa.

PRÍN. Hizo usted bien

CONDE A mi entender creo que es de gran valor para nuestra Patria la adquisición del documento siempre que sea auténtico. No nos preocupemos, pues, de si el que nos lo proporciona es un espía o un ladrón. Vuestra Alteza me ayudará a examinarlo y a comprobar su autenticidad. En caso afirmativo entregaré las diez mil libras y asunto concluído. No opina así Vuestra Alteza?

PRÍN. Estoy en un todo conforme con usted.

CONDE Entonces... (El reloj da la media.)

PRÍN. ¡La hora!

CONDE Atención. (Apaga la luz.)

ESCENA III

DICHOS. El BARÓN DE ROXBURY. Aparece por la terrasse el Barón disfrazado de Pierrot. Avanza lentamente procurando evitar todos los movimientos posibles. Al ver al Conde saca de entre su amplio ropaje un abultado pliego y se lo entrega. El Conde se acerca al Príncipe y con ayuda de una pequeña linterna de bolsillo, examinan el documento. El Príncipe da muestras de aprobación. El Barón permanece inmóvil como una estatua hasta que el Conde le entrega un fajo de billetes; él los examina a la luz de la luna y sin hacer gesto alguno desaparece por donde entró. Durante esta escena se oirá la orquesta dentro

PRÍN. ¿No ha notado usted algo que le permitiera reconocerlo más tarde?

CONDE No, Alteza. Parecía un autómata.

PRÍN. El documento es importantísimo.

CONDE Vale mucho más de lo que hemos pagado por él.

PRÍN. Nuestra Patria está de enhorabuena.

CONDE ¡Hurrah por Alemania!

PRÍN. ¡Hurrah (Se aprietan las manos. El Conde se dirige al fondo y dice hablando hacia el interior.)

CONDE Puede permitirse la entrada al salón. Por aquí, Alteza. (Vanse los dos por la izquierda.)

ESCENA IV

PADDY, la BARONESA DE MUNSTER, VIOLETA, la DUQUESA DE KASSEL, NICK CARTER, HANS KUPFER, el DUQUE DE QUEENSTOWN, LORD WALDEGRAVE, El VIZCONDE DE YARE. INVITADOS, el CONDE DE BELFAST, la CONDESA DE PAGET. Entra Paddy, enciende todas las luces y aparta la cortina del fondo. A su debido tiempo van apareciendo los personajes. Todos van disfrazados; unos con antifaz, otros sin él.

HANS Venga usted, Duquesa, venga usted. Yo en el salón con los apretones, la atmósfera y este peluquín, me asfixio, ¡sí señora, me asfixio!

DUQ.ª Verdaderamente se está mejor aquí (Entra el Vizconde del brazo de Violeta que usa antifaz.)

VIOL. ¡No veo la sorpresa!

VIZC. Paciencia, las cosas buenas se hacen esperar.

VIOL. ¿Cree usted que lo que nos preparan ser digno de verse?

VIZC. Lo que creo es que eres muy curiosa.

VIOL. Yo quiero algo que me llame la atención, porque lo que es hasta ahora...

VIZC. Ya vendrá.

VIOL. Es que me dijo usted que a las tres teníamos que marcharnos, y son ya cerca.

VIZC. ¡Cállate de una vez! (Muy nervioso. Entran el Conde del Brazo de la Condesa, Lord Waldegrave del brazo de la Baronesa y Nick Carter. Detrás el Duque dando el brazo a Hilda.)

CONDE ¿Qué opina usted de la fiesta, Condesa?

COND.ª Que esos alemanes saben gastar el dinero.

CONDE Verdaderamente es espléndida.

COND.ª Y no hemos visto aún lo que nos reserva el embajador.

WALD. Permítame manifestarle que no soy de esa opinión.

BAR.ª Pues yo sí.

NICK Gracias, señora. (Siguen hablando.)

DUQUE ¡La veo a usted muy preocupada, Condesa! No creo que sea por el baile, puesto que ha resultado magnífico. Es una fiesta espléndida la de hoy.

HILDA Eso me satisface en extremo.

DUQUE Dudo que jamás este palacio haya albergado embajadora tan elegante y distinguida como usted.

HILDA Gracias, Duque.

DUQUE Ni uno solo de los invitados dejaría de proclamarla reina de la fiesta.

HILDA ¡Excesiva amabilidad!

DUQUE ¿Puedo preguntarle quien es ese caballero que hablaba con usted en el salón hace un instante y que ahora sostiene una animada conversación con lord Waldegrave?

HILDA Un primo mío, que llegó anteayer de Norte América. Segura estoy de que trata de convencerle de que en el mundo no hay nada como Nueva York. Es una excelente persona, pero tiene el defecto de querer discutir con todos. A mí me sostenía que el salón de baile no reune las condiciones higienicas

necesarias. Voy a presentárselo a usted. (Acercándose al grupo.) Con permiso, Nick.

NICK — Prima.

HILDA — Te presento al Duque de Queenstown, personaje distinguidísimo, propietario de grandes minas de diamantes en la Colonia del Cabo. Mi primo Nick Carter que ha venido a Londres a gastarse unos cuantos miles de dollars.

NICK — ¡Caballero!

DUQUE — ¡Caballero! (Se dan las manos. Forman grupo.)

COND.ª — ¿No ha notado usted que la Condesa se halla preocupada?

CONDE — Sí.

COND.ª — ¿Qué le ocurrirá?

ESCENA V

DICHOS y JENKINS. Entra por el fondo disfrazado de Pierrot, pero distinto disfraz al usado por el Barón; lleva antifaz, ve al Vizconde, se dirige a él y le pone una mano sobre el pecho. Es necesario que use guante gris

VIZC. — ¡Por fin!

VIOL. — ¡Qué!

VIZC. — Nada; vamos al salón. (Aparte a Jenkins.) Vuelvo al instante. (Vanse. Jenkins se pasea.)

HANS — Pues sí, Duquesa, sí; convenga usted conmigo en que Berlín tiene más atractivos que Londres.

DUQ.ª — No diré que no; pero en cuanto a población...

HANS — Hay aquí más, mucha más, qué duda cabe. Londres es una ciudad antigua, en tanto que Berlín... Pero dígame usted, ¿dónde hay aquí un paseo como el Unter der Linden, una puerta como la de Brandeburgo y un parque como el Thiergarten?

DUQ.ª — Seamos justos, señor canciller. A cada uno le apasiona lo suyo; sin embargo, yo, a pesar de que siento verdadera añoranza por mi Berlín querido, reconozco que esto es sencillamente maravilloso.

HANS — Pues a mí me gusta más París. ¡Oh, París! ¡Cómo se divierte uno en aquella Babel!

DUQ.ª ¿Y aquí no?

HANS Aquí no. ¡Todo es rígido, severo, grave!

DUQ.ª Menos las noches del Palace o del Coliseum. (Con intención.)

HANS Menos esas noches, tiene usted razón. Allí es donde voy a expansionarme algunas veces.

DUQ.ª ¡Por Dios, una persona de buen gusto como usted!

HANS Qué quiere usted, Duquesa; confieso mi debilidad. Comprenderá usted que un hombre que se pasa la vida tratando cuestiones diplomáticas, que aburren a cualquiera, necesita un poco de distracción.

DUQ.ª Pero comprendo que busque usted diversiones sanas, agradables... Por ejemplo, asistir a reuniones familiares, donde tal vez pudiera usted encontrar una compañera digna...

HANS ¡Qué dice usted, Duquesa! ¿Casarme de nuevo? ¡Nunca! Prefiero que me manden de canciller al Polo.

DUQ.ª ¿Tan mal le ha ido a usted con su primera esposa?

HANS Mal, no... pero... ¿a qué contarle a usted, señora? Prefiero divertirme a mis anchas sin tener que dar satisfacciones a nadie ¿Usted ha visto lo que he bailado esta noche? ¿Cree usted que hubiera podido hacerlo así a estar viva mi difunta esposa? No. La estoy oyendo: ¡Hans, no te conduzcas de esta manera! ¡Hans, que tienes cuarenta y cuatro años! ¡Hans, que eres el canciller de la Embajada! ¡Hans, que soy hermana del embajador! ¡Y así sucesivamente, hasta gastarme el nombre! Ah, no, no. Ahora, en cambio, me tiene usted aquí dispuesto a dar y a seguir cuantas bromas se me ofrezcan. Con decirle a usted, Duquesa, que tengo preparada una que divertirá grandemente a los invitados.

DUQ.ª ¿De veras? ¿De qué se trata?

HANS Ya lo verá usted. Una cosa completamente original.

ESCENA VI

DICHOS, el CONDE y el PRÍNCIPE por la izquierda

DUQ.ª ¡Ah, aquí está el Conde! ¡Queremos la sorpresa!

HANS ¡Sí, la sorpresa!

INVITADOS ¡La sorpresa!

CONDE Señores: La sorpresa que he preparado a ustedes supongo que será agradabilísima en extremo, tanto para mis compatriotas como para las distinguidas damas y caballeros de la aristocracia londinense que se han dignado honrar los salones de esta Embajada. Tengo el alto honor de presentarles al Príncipe Leopoldo de Suabia, primo de nuestro emperador, al que Dios guarde muchos años, que ha llegado hoy a Londres y que nos otorga la distinción de presidir esta fiesta.

TODOS ¡Hurrah!

HANS ¡Viva el Príncipe Leopoldo de Suabia!

TODOS ¡Viva!

PRÍN. Gracias, señores. Placer inmerecido es para mí alternar con tan ilustres damas y tan distinguidos caballeros.

CONDE Mi esposa. (Presentando a Hilda.)

PRÍN. ¡Señora!... (Besándole la mano.)

HILDA Alteza...

CONDE El Duque de Queenstown. Lord Wáldegrave. El señor Nick Carter. Hans Kupfer, canciller de la Embajada. La Duquesa de Kassel. La Baronesa de Munster. El Conde de Belfast. La Condesa de Paget.

PRÍN. ¡Señoras! (Inclinándose.)

DUQ.ª, BAR.ª ¡Alteza! (Saludando al estilo alemán.)

CONDE Si Vuestra Alteza lo desea, pasaremos al salón de fiestas.

PRÍN. Con gran placer, señora. (Ofrece el brazo a Hilda. El Conde a la Baronesa. Hans a la Duquesa y vanse.)

CONDE ¿Qué le parece a usted?

COND.ª Yo creía que el Conde nos tenía preparada otra cosa.

CONDE ¡Es usted difícil de contentar!

ESCENA VII

LORD WALDEGRAVE, el DUQUE, y NIK CARTER formando grupo. JENKINS paseando nervioso; luego el VIZCONDE

NICK ¡Es agradabilísimo el Príncipe!

WALD Mucho.

(Se oye dentro un ¡hurrah! general que anuncia la entrada del Príncipe. La orquesta toca una marcha alemana.)

DUQUE Para ustedes que viven en plena democracia debe ser un espectáculo sorprendente esos anuncios de títulos y presentaciones de grandes personajes.

NICK No lo crea usted. Hay en los Estados Unidos una corriente imperialista que todo lo avasalla y que dentro de poco convertirá aquel país en ridículo imitador de la vieja Europa. Nuestros millonarios, no contentos con proclamarse reyes del acero, del carbón, del azúcar o de los ferrocarriles. buscan para sus hijas casaderas al primer noble tronado que hallan al paso, al que reciben y alojan con más cumplidos que si se tratase de un embajador. Queremos dárnoslas de conquistadores, extendiendo nuestra expansión colonial al estilo de varias naciones europeas. Llamamos a Nueva York la ciudad imperio, y no extrañaría que dentro de poco creasemos algunos títulos nobiliarios para no tener que importarlos, como, por ejemplo, el de Barón de los Mataderos de Chicago, Conde de los Rascacielos o Marqués de la Estatua de la libertad iluminando al mundo. ¡Es ridículo! ¡Extremadamente ridículo!

WALD Si le oyera a usted su padre, que era un inglés tallado a la antigua...

NICK Algo cambió, con los años, de vivir en América; yo, al menos, le conocí con ideas bastante democráticas.

DUQUE ¡Pero que sin duda no llegaban al extremo de las de usted!

NICK Es que él no había tenido la suerte de nacer en los Estados Unidos. Allí se educa de otra manera a los jóvenes. Nada de preocupaciones, confianza en uno mismo; esta es la base. Voy a enseñarles un artículo que publiqué al respecto en el *New York Herald*. Vean ustedes. (Saca de su cartera un artículo recortado de un periódico.)

VIZC. (Entrando, a Jenkins.) ¡Creí que no venías! ¿Qué tal el resultado?

JENKINS Malo. No he podido encontrar las joyas por ninguna parte.

VIZC. ¿Qué dices?

JENKINS Más de una hora pasé registrándolo todo, sin dejar mueble ni rincón; pero todo inútil, las alhajas no aparecieron. Al fin oí ruido en el vestíbulo y tuve que escapar.

VIZC. ¡Maldición! ¡Hemos dado un golpe en vago! ¡Qué dirá él cuando lo sepa! ¡Por fortuna no se ha perdido todo!

JENKINS ¡Cómo!

VIZC. Hay otro golpe que dar y éste es doble. Vamos al jardín. Ya te explicaré... (Vanse por la terrasse.)

ESCENA VIII

LORD WALDEGRAVE, NICK CARTER, el DUQUE y HANS

HANS (Entrando precipitadamente.) Señores, ¿quién de ustedes ha visto al Barón de Roxbury?

WALD Yo no.

DUQUE Ni yo.

HANS Hay que darle la fatal noticia; pero ¿cómo dársela? Yo no me atrevo.

DUQUE ¿Pues qué ocurre?

HANS Que Olimpia de Fleurs, la incomparable Olimpia del Coliseum, acaba de ser hallada estrangulada en su lecho.

DUQUE ¡Cómo!

WALD ¿Pero no trabajó esta noche?

HANS Sí; aunque según parece se retiró al terminar su número por hallarse ligeramente in-

dispuesta. Nadie en la casa donde vivía ha notado nada, hasta que a eso de la una y media se le antojó a la doncella subir por si la señora necesitaba algo. Halló la puerta de la alcoba abierta; entró y lo primero que se presentó ante su vista fué el cadáver de la infeliz.

WALD ¿Y el móvil del crimen?

HANS Se cree que ha sido el robo, porque, según dicen, todas las alhajas han desaparecido.

DUQUE ¿Quién trajo la noticia?

HANS ¡El director de policía, que acaba de llegar. ¡Desdichado Barón, cuando lo sepa! (Vase por el fondo.)

NICK Ya tienen ustedes un asunto para su Sherlock Holmes

DUQUE Verdaderamente. No hay duda que, a existir ese personaje, poco tardaría en descubrir el crimen.

NICK ¿Lo cree usted así?

DUQUE Vaya. El sistema de deducción de un Conan Doyle.

NICK Es bueno para la novela, pero no para la realidad. La prueba está en que, a imitación de ese autor, se escriben a diario obras cuyo protagonista es también un policía de esos que lo descubren todo en un cerrar y abrir de ojos y que se han hecho tan populares como Sherlock Holmes. ¡Puede tanto la fantasía humana! ¡Pero de ello a lo verosímil!...

DUQUE ¿Niega entonces que puedan descubrir algunos crímenes siguiendo tales procedimientos?

NICK En absoluto. Son tantas las huellas de pasos que se parecen; son tantas las casualidades que ayudan a veces al asesino, que se hace imposible deducir por la ceniza de un cigarro o por los residuos de barro de unas botas a qué clase de la sociedad pertenece el delincuente o qué barrio habita de la población. Compadezco a los verdaderos policías que han de sufrir las censuras de un pueblo sugestionado por las hazañas de un héroe de folletín.

WALD Tiene usted razón.

NICK — Comprendo que al tratarse de criminales vulgares sea fácil descubrirlos en un determinado número de días por medio de huellas, delaciones o rastros groseros; pero en esta época, en que algunos de los delincuentes más terribles se ocultan en elevadas esferas, desde las cuales dirigen sus atrevidos golpes, ¿cómo descubrir la verdad de un crimen que para cometerlo se han tomado antes mil acertadas medidas y se ha dispuesto con toda habilidad del tiempo para despistar al policía más astuto?

WALD — Ciertamente.

NICK — Ahí tienen ustedes el que se ha cometido esta noche: esa desdichada artista que aparece muerta en su cama. Seguro estoy de que a no tratarse de un criminal vulgar dará mucho que hacer el asunto.

DUQUE — ¿Por qué?

NICK — Porque dado el medio en que vivía la víctima y la clase de gente con que se codeaba, es fácil que nos hallemos en presencia de uno de esos casos en que el criminal, conocedor del terreno que pisa, aguarda con toda tranquilidad el momento oportuno y mata y roba, quizás cubriendo sus manos con fino guante, para no dejar siquiera una mala impresión digital.

DUQUE — ¿Qué procedimientos emplearía usted para descubrir el crimen?

NICK — Ante todo, empezaría por obrar con discreción extrema, evitando el dar a luz pública el resultado de toda pesquisa que sirve únicamente para orientar al criminal. Trasladaría mi domicilio lo más cerca posible del lugar donde se desarrolló el suceso, y oculto bajo el incógnito más riguroso, procuraría granjearme la confianza de cuantas personas habitasen los alrededores convencido de que habían de facilitarme datos importantísimos.

DUQUE — ¿Usted cree?...

NICK — Seguro estoy de que dentro de un círculo matemático, cuyo centro es el lugar del crimen, existen infinidad de personas, que por su intimidad con la víctima, por su curiosi-

dad extrema o por su instinto de observación, pueden aportar detalles que, reunidos, darían mucha luz en el asunto, aunque tengan en sí escaso valor. El policía debe recoger tales detalles y estudiarlos concienzudamente hasta que brote de ellos la chispa que ha de conducirlo a la verdad.

DUQUE Eso sería el cuento de no acabar nunca.

NICK Claro que el asunto requiere tiempo y paciencia. Son cuestiones muy delicadas para proceder ligeramente. Crean ustedes que con ese procedimiento hubiérase evitado algunas veces el mandar inocentes a la horca.

DUQUE Inocentes y culpables, porque aguardando el resultado de sus pesquisas, el criminal hubiera tenido tiempo sobrado de dar la vuelta al mundo.

NICK No lo crea usted, puesto que no dejaría de tomar siempre las medidas propias del caso.

WALD. ¡Habla usted como conocedor profundo en la materia.

DUQUE ¡Tal vez ha sido policía en los Estados Unidos!

NICK No, aunque no me disgustaría serlo!

DUQUE En su mano está. Tiene usted una ocasión a propósito. El asesinato de esa bailarina.

WALD. ¿Se atrevería usted?

NICK ¿Por qué no?

DUQUE Y realizaba así lo que tanto censura en las novelas; el ser detective por sport.

NICK La verdad es que por sport no me parece nada práctico.

DUQUE Para ganar una apuesta entonces.

NICK ¡Eso ya es más razonable!

WALD. ¿Quiere usted intentar?...

NICK Usted lo ha dicho. ¿Cuánto apuesta usted?

WALD. ¿Pero hablan en serio? ¿No se trata de una broma de Carnaval?

NICK De ninguna manera. ¿Cuánto apuesta usted, señor Duque?

DUQUE Diez mil libras.

NICK Apostadas. Diez mil libras a que descubro al autor del asesinato de Olimpia de Fleurs.

DUQUE Siempre que no lo descubra la policía.

NICK Claro está.

DUQUE — ¿Cuánto pide usted de plazo?

NICK — Un mes.

DUQUE — Sea por un mes. ¿Impone usted alguna condición?

NICK — Que a nadie he de comunicar el resultado de mis pesquisas hasta llegar el plazo señalado.

DUQUE — Unicamente a mí.

NICK — Unicamente a usted. Les suplico además que den la menor publicidad posible al asunto. Vamos a firmar un compromiso.

DUQUE — ¿Para qué? ¿No basta mi palabra?

NICK — Perdone usted, señor Duque, pero sigo las costumbres de mi país, y allí la mejor palabra es una firma.

DUQUE — Como usted quiera.

(Nick Carter va al fondo y llama.)

NICK — Paddy, trae recado de escribir.

WALD. — ¡Desde hoy registrará la historia en sus anales las hazañas de un nuevo policía! ¡Y éste no será de novela!

DUQUE — Será tal vez de sainete. Una apuesta hecha en día de Carnaval no puede acabar en serio.

NICK — En ese caso pagaré con gusto las diez mil libras. Puesto que los europeos creen que los americanos no podemos enseñarles nada yo le demostraré que podemos enseñarles a despreciar el dinero.

ESCENA IX

DICHOS y PADDY, en seguida HILDA, luego JENKINS

Entra el criado, deja el recado de escribir y vase. Nick Carter se sienta a redactar el escrito mientras Lord Waldegrave y el Duque comentan la apuesta. Se oye la música del baile. Entra Hilda por la izquierda, al propio tiempo que por la derecha aparece Jenkins, llevando el mismo dominó que llevaba el Barón. Hilda mira recelosa y se dirige a él, pero al ir a entregarle el documento y recoger de sus manos el paquete de cartas, se fija en que Jenkins lleva un guante gris manchado de sangre

HILDA — ¡Sangre!

JENKIS — ¡Pst! (Vase rápidamente por el jardín. Hilda, extrañada, oculta el documento que no ha podido entregar y queda pensativa.)

NICK — ¿Les parece bien así?
DUQUE — Perfectamente.
NICK — ¿Creo que no tendrá usted inconveniente en que nombre depositario del documento a mi primo el Embajador?
DUQUE — Al contrario. (Nick Carter firma.)
NICK — Firme usted. (El Duque firma.) Ahora usted como testigo. (A Lord Waldegrave que firma.) Gracias. (Recoge y guarda el documento.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, BARONESA, DUQUESA, VIOLETA, JENKINS, HANS e INVITADOS; luego el VIZCONDE y el CONDE. Dan las tres. Entran todos

BAR.ª — ¡Las tres! ¡Abajo las caretas!
DUQ.ª — ¡Abajo las caretas!
TODOS — Sí, sí.
(Los que llevan antifaz se lo quitan, menos Hans que permanece cubierto en mitad de la escena. Entra el Vizconde por la terrase seguido del Conde.)
VIZC. — ¡Señores! ¡qué desgracia! El Barón Jorge de Roxbury acaba de suicidarse en el jardín.
TODOS — ¡Eh!
CONDE — ¡Imprudente!
VIZC. — Uno de los criados tropezó con el cadáver. Viste un disfraz de Pierrot y a su lado se ve un revólver.
DUQ.ª — Será una broma. Yo no he oído la detonación.
BAR.ª — ¡Ni yo!
TODOS — ¡Ni yo! ¡ni yo!
DUQ.ª — Es una broma de Carnaval. ¿Verdad, Conde?
CONDE — (Con pesar.) No es una broma.
HILDA — ¡Imposible! ¡Yo he visto hace un momento al Barón! ¡Habló conmigo aquí mismo! ¡No vestía un disfraz de pierrot, vestía un dominó... (Viendo a Hans.) como éste!... ¡Si es él! ¡Es el Barón! ¿Verdad que es usted el Barón?
TODOS — ¡Es él! ¡Es él!
(Hans sigue negando.)

HILDA ¿Entonces, quién es usted?
VIZC. ¡Abajo el antifaz!
NICK Responda. ¿Quién es usted? ¡Pronto!

(Hilda, nerviosa en extremo, tira del dominó de Hans y lo separa del cuerpo, al mismo tiempo que Nick Carter le quita el antifaz. Debajo del dominó aparece otro disfraz de esqueleto y bajo la máscara otra máscara de calavera.)

HANS ¡La muerte! (Con voz sepulcral.)

(Hilda lanza un grito y cae desmayada. Algunas damas huyen. Espectación.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Lujoso despacho en el Palacio de la Embajada. Muebles elegantes, cortinas, tapices, mesa de ministro, caja de caudales, librería, etcétera. En el centro un gran retrato del Emperador de Alemania.

ESCENA PRIMERA

El CONDE e HILDA; en seguida PADDY; luego el PRÍNCIPE LEOPOLDO. El Conde está escribiendo

HILDA (Desde la puerta.) ¡Ah! ¿Estás aquí?
CONDE Entra.
HILDA No.
PADDY (Anunciando.) Su Alteza el Príncipe Leopoldo de Suabia.
CONDE Que pase. (Vase el criado. Hilda desaparece.) ¡Tan temprano! ¿Qué querrá?
(Entra el Príncipe precedido por el criado.)
PRÍN. Buenos días, señor Conde.
CONDE Buenos días, Alteza.
PRÍN. ¿A usted le extrañará seguramente mi visita tan de mañana?
CONDE Vuestra Alteza tendrá sus motivos.
PRÍN. Ya puede usted figurárselos; uno de ellos es el suicidio del Barón de Roxbury.
CONDE ¡Ah!
PRÍN. He visto en el *Times* de hoy que el difunto era secretario de la Comisión encargada del estudio de las fortificaciones, y puesto que los dos reconocimos perfectamente en el ca-

dáver al misterioso Pierrot que nos vendió el documento, podemos desde luego afirmar que es auténtico en todas sus partes y por consiguiente de incalculable valor.

CONDE Lo mismo opino.

PRÍN. Por lo tanto, ¿no le parece a usted que el Gobierno alemán debe entrar en posesión inmediata de ese documento?

CONDE Tal creo. A este propósito telegrafié esta mañana al ministro pidiéndole instrucciones.

PRÍN. Entonces me explico el telegrama que acabo de recibir. Vea usted. (Dándole un telegrama.) El Gobierno me exige el regreso inmediato a Berlín, ordenándome que con las debidas precauciones sea portador de un documento que ha de entregarme nuestro embajador.

CONDE Si como supongo, Alteza, se trata del que adquirimos anoche, no vacilaré en entregárselo apenas reciba los instrucciones que no deben tardar.

ESCENA II

DICHOS y PADDY

PADDY Señor Conde; un telegrama urgente (Lo entrega y vase.)

CONDE De Berlín. (Después de abrirlo, busca la clave y traduce el texto.) «Su Alteza el Príncipe Leopoldo de Suabia debe salir esta misma noche con el informe a que hace referencia vuestro telegrama y que le entregaréis debidamente sellado y lacrado.»

PRÍN. Lo que yo decía.

CONDE Perfectamente. Voy a hacerle entrega inmediata del documento. (Abre la caja de caudales, revuelve todos los papeles sin encontrar lo que busca.) ¡Es particular! ¡Ah, sí, ahora recuerdo! Como no llevaba encima la llave de la caja, mientras Vuestra Alteza aguardaba en el saloncito fuí a depositarlo en el secreter de mi alcoba y... La Condesa no se ha levantado aún...

PRÍN. Comprendo. ¿Se halla ya restablecida del todo?

CONDE Sí, Alteza, muchas gracias. Vuestra Alteza perdonará...

PRÍN Está usted perdonado, Conde. No se hable más del asunto. Esta tarde volveré a despedirme y podrá usted entregármelo.

CONDE Bien. Si Vuestra Alteza no quiere molestarse puedo llevárselo yo mismo al hotel.

PRÍN. De ninguna manera. Hasta luego.

CONDE ¡Alteza!

PRÍN. Póngame a los pies de su esposa.

(El Conde toca el timbre, entra el criado que acompaña al Príncipe.)

ESCENA III

El CONDE y en seguida HANS

CONDE ¡Otro robo! ¿Quién será el ladrón?

HANS (Entrando.) ¿Sabes lo que ocurre?

CONDE ¿Qué ocurre?

HANS Que anoche entre los invitados había una artista de music-hall.

CONDE ¡Estás loco!

HANS ¡Cómo loco! ¡La vi! ¡Era ella! Violeta Bécker del Palace. Iba disfrazada de Melisande.

CONDE ¿Quién quieres tú que se atreviese a invitarla?

HANS Eso es lo que hay que averiguar.

CONDE ¿Y por qué no me lo advertiste?

HANS Porque no la conocí hasta el preciso momento en que se quitó la careta, y como yo entonces no podía hacer movimiento alguno a fin de conservar el incógnito...

CONDE ¿Era cuando te presentaste disfrazado de mamarracho?

HANS ¿Qué es eso de mamarracho?

CONDE Nos pusiste a todos en ridículo. Por fortuna no se enteró el Príncipe. ¡Si llegas a hacer eso en vida de mi pobre hermana!...

HANS Hay un disgusto grave, lo sé.

CONDE A nadie más que a ti se le ocurren semejantes inconveniencias.

HANS Pues no creo que el disfraz de esqueleto me quede del todo mal. Lo que sí puedes recriminarme es la elección del momento; pero como yo me figuré que lo del suicidio del Barón era una broma...

CONDE ¡Y ya viste el resultado!

HANS Sí, fué deplorable. Tu mujer desmayada por un lado; varias señoras que huyen asustadas, por el otro; numerosas familias que abandonan la fiesta, y yo, que al ir a quitarme el antifaz, recibo un tremendo puñetazo en la paletilla propinado no sé por quién.

CONDE Por mí.

HANS Hombre, me alegro de saberlo. ¡Otra vez no des tan fuerte!

CONDE ¡Me han dicho que mi secretario está enfermo!

HANS Sí, pobre Fritz. Se acostó ayer tarde ligeramente indispuesto, pero según Teresa ha pasado una noche terrible. Tiene mucha fiebre.

CONDE ¿Llamásteis al médico?

HANS Sí, lo esperamos de un momento a otro.

CONDE Bien; necesito que reunas lo más pronto posible a cuantos componen la embajada. He de tratar de un asunto grave. Que me aguarden en el gabinete rojo y avísame cuando todos estén allí.

HANS Voy en seguida. (¡Qué ocurrirá.) (Vase.)

ESCENA IV

CONDE; en seguida HILDA

CONDE ¿De quién sospechar? (Paseando nerviosamente.)

HILDA (Entrando.) ¿Estás aquí aún?

CONDE Sí, pasa. ¿Te hallas completamente restablecida del accidente de anoche?

HILDA Sí... es decir... tengo un poco de jaqueca.

CONDE ¡Esos nervios malditos!

HILDA Ya pasará. ¿Sabes que Fritz está muy enfermo?

CONDE Lo sé.

HILDA ¿Has ido a verle?

CONDE No.

HILDA ¿Por qué no vas? ¡Pobre muchacho! Agradecería tanto tu visita...

CONDE Iré luego. (Pausa.)

HILDA ¿Qué quería el Príncipe?

CONDE Nada.

HILDA ¿Qué te pasa?

CONDE ¿A mí?

HILDA ¡Te has levantado tan temprano! ¡Apenas has dormido! ¿Por qué no te acuestas hasta la hora de almorzar?

CONDE Imposible.

HILDA ¡Tienes mal semblante!

CONDE ¡También tú!

HILDA ¡Como que no he podido pegar los ojos en toda la noche! El suicidio de ese pobre Barón... la llegada del Juez... Todo ha influído de tal manera en mi ánimo... Y a propósito. ¿Se sabe los motivos que ha tenido ese joven para suicidarse?

CONDE No.

HILDA ¿Tal vez el asesinato de esa Olimpia?

CONDE Nada se sabe.

HILDA ¿Pero... sobre el cadáver... no se han encontrado papeles... cartas?...

CONDE Hilda, necesito que hablemos seriamente, muy seriamente. Lo que ocurre es en extremo grave. Siéntate aquí.

HILDA Yo... (Palideciendo en extremo.)

CONDE Siéntate digo. ¿Tiemblas?

HILDA Es... de frío.

CONDE Hilda, en esta casa hay un ladrón.

HILDA ¿Un ladrón?... ¿Quién?

CONDE Eso es lo que yo te pregunto, ¿quién?

HILDA ¡Yo... no sé!...

CONDE Tranquilízate; no te pongas así. Verdaderamente tienes menos presencia de ánimo de lo que yo me figuraba. Hilda, ese ladrón es muy astuto. Antes se limitaba a robarme dinero. Ahora me ha robado algo que vale más.

HILDA ¿Qué?

CONDE Un documento tan importante que de no ser hallado puede causar la ruina de mi carrera diplomática. Necesito, por lo tanto, que me ayudes a encontrar a ese ladrón.

HILDA ¿Sospechas de alguien?

CONDE — Sospeché de mi secretario, pero se halla enfermo desde ayer tarde y el robo se ha cometido esta madrugada.

HILDA — Entonces...

CONDE — Cuando hace ocho meses nos casamos, me obligaste a cambiar parte de la servidumbre por otros criados que trajiste, manifestando que no querías separarte de servidores fieles que te habían visto nacer. ¿Tú me respondes de esos criados?

HILDA — Sí.

CONDE — Pues bien, yo dudo de uno de ellos.

HILDA — ¿De quién?

CONDE — Del mayordomo.

HILDA — ¿Del viejo Jack?

CONDE — Sí.

HILDA — ¡Imposible! ¡Es un hombre honrado!

CONDE — No dudo de que lo sea, pero hasta cierto punto. El hombre que roba por servir a su patria no es considerado como un criminal.

HILDA — ¿Qué quieres decir?

CONDE — Que me consta que odia mortalmente a los alemanes y que su eterno sueño es el engrandecimiento de Inglaterra. Ese hombre, influído por alguien, se habrá atrevido a sacar de esta caja documentos que él cree de valor.

HILDA — ¿Pero y el dinero?

CONDE — Puede que no sea él quien lo sustrajera, pero en cuanto a esos papeles casi puedo asegurarlo.

HILDA — ¡Eso son meras presunciones!

CONDE — Es que si fuesen certezas hubiera ya tomado una enérgica resolución. No obstante he mandado reunir a todos mis compañeros de Embajada para interrogarle en su presencia.

HILDA — ¡Ah, no, no! Eso sería causar la muerte del pobre anciano. Déjame a mí; yo exploraré su conciencia y luego decidiremos. Tal vez sufras un error, tal vez el documento esté mezclado con otros papeles. Yo creo que lo encontrarás, tengo la persuasión. Déjame a mí, te lo suplico, te lo pido de rodillas. (Arrodillándose.)

ESCENA V

DICHOS y NICK CARTER

NICK ¡Bravo! ¡Así me gusta! La mujer a los piés del marido. ¡Luego dicen que el mundo no adelanta!

CONDE ¿Tú aquí?

NICK Perdonadme si he sido indiscreto, pero como el criado me dijo que os hallábais en el despacho y yo me opuse a que me anunciara...

HILDA ¿Vienes a almorzar?

NICK Sí; aunque es otro el motivo de mi visita. Tengo que hablar con tu esposo.

CONDE Estoy a tus órdenes.

HILDA Voy a ordenar que pongan otro cubierto.

NICK Gracias.

(Vase Hilda.)

ESCENA VI

CONDE y NICK CARTER

CONDE Ya te escucho.

NICK Ante todo necesito que me digas si el Cónsul alemán en Capetown es amigo tuyo.

CONDE Espera. (Va a la mesa y consulta un libro.) Franz Meyer. Ya lo creo somos amigos íntimos.

NICK ¿Me autorizas para que en tu nombre le ponga un cablegrama pidiéndole informes acerca del Duque de Queenstown?

CONDE ¿Del Duque? ¿Y por qué?

NICK Porque quiero convencerme de si ese hombre es verdaderamente propietario de minas de diamantes en la Colonia del Cabo.

CONDE Todo el mundo lo dice.

NICK Pero puede no ser cierto. Hice una apuesta con él y quiero saber con quién trato.

CONDE ¿Una apuesta?

NICK ¡Ah! ¿Pero tú ignoras?... Es natural con el desorden que se produjo en la fiesta. Pues aposté diez mil libras a que yo descubría en un mes al matador de esa célebre bailarina.

CONDE ¿De Olimpia de Fleurs?
NICK Precisamente.
CONDE ¿Y puedes tú hacer eso?
NICK ¡Por qué no!
CONDE ¿Tienes algún indicio?
NICK Ninguno.
CONDE Bien dicen que los americanos sois en extremo excéntricos.
NICK Como comprenderás se trata de una apuesta seria. Levantamos un acta de la misma, de la que se convino nombrarte depositario, y aquí vengo a entregarte el documento para que lo guardes en tu poder, convencido de que en ninguna parte estará más seguro que en tu casa.
CONDE ¿Lo crees así? Pues te equivocas.
NICK ¿Por qué dices eso?
CONDE Nick, tú además de pariente eres extranjero y puedo por lo tanto hacerte una confidencia que a ningún hijo del país me atrevería a hacer. Necesito, sin embargo, que me des tu palabra de honor de no revelar a nadie lo que voy a comunicarte.
NICK Tienes mi palabra.
CONDE Anoche me fué vendido un documento muy importante, que guardé en esta caja, y que desapareció de ella a las pocas horas.
NICK ¿Qué documento era ese?
CONDE Perdona, pero la responsabilidad del cargo que desempeño me impide...
NICK ¿Cómo quieres entonces que te dé mi opinión sobre el asunto? Si te inspiro confianza debes ponerme en antecedentes sin omitir detalle, persuadido de que nadie ha de saber una palabra de cuanto me digas.
CONDE Gracias. (Dándole la mano.) Toma, entérate de esto. (Le da la carta del acto primero. Nick la lee.)
NICK ¿No sospechas quién pueda ser ese Pierrot?
CONDE El Barón de Roxbury.
NICK ¿Cómo lo sabes?
CONDE Porque tanto el Príncipe Leopoldo como yo reconocimos inmediatamente el disfraz que llevaba.
NICK ¿Se enteró alguien de la existencia de esta carta?

CONDE	Sólo el Príncipe, a quien se la dí a leer quince minutos antes de la hora de la cita.
NICK	¿Quién tiene la llave de ese mueble?
CONDE	Mi secretario, que está enfermo desde ayer tarde; otra tengo yo.
NICK	Pueden habérsela sustraído.
CONDE	Eso es lo que falta averiguar.
NICK	¿Supongo que será esta la primera vez que ocurre un hecho semejante?
CONDE	No, aunque nunca me habían robado documentos.
NICK	¿Dinero entonces?
CONDE	Sí.
NICK	¿Y siempre sin fractura?
CONDE	Sin fractura.
NICK	¡Es particular! ¿Tomaste alguna medida al respecto?
CONDE	Anotar la numeración de los billetes de Banco.
NICK	¿Y qué resultado dió?
CONDE	Ninguno, porque desde que tomé tal medida no ha vuelto a repetirse el hecho.
NICK	¿Sabía alguien que habías tomado esa precaución?
CONDE	No. (Pausa.)
NICK	¿Al recibir el documento de manos del Barón, qué hicíste?
CONDE	Guardarlo en la caja.
NICK	¿Entraste aquí solo?
CONDE	Sí, porque el Príncipe, que me acompañaba, se quedó en el saloncito.
NICK	¿De esa manera queda destruída toda posibilidad de que alguien te siguiera los pasos?
CONDE	Completamente destruída.
NICK	¿Era de gran importancia el documento?
CONDE	Puedes figurártelo cuando pagué por él diez mil libras. El Gobierno alemán me ha dado orden de entregárselo inmediatamente al Príncipe Leopoldo, que debe salir para Berlín hoy mismo. Esto es lo que causa mi desesperación. Yo no puedo denunciar el hecho a la policía local por tratarse de secretos del país. Unicamente a ti puedo confiarme. Si te consideras con suficiente habilidad para descubrir al autor de un asesinato, más

fácil te será descubrir al de un robo. Pongo la casa entera a tu disposición. Busca, indaga, pero devuélveme el documento.

NICK — Haré cuanto esté en mi mano. No quiero averiguar por el momento si sospechas de alguien; la mayor parte de las veces esas sospechas resultan infundadas y sirven solo para desorientar al policía. Quiero empezar mis trabajos sin que preocupación alguna torture mi mente.

CONDE — Como tú dispongas.

NICK — Una pregunta. ¿Sobre el cadáver del barón se encontraron las diez mil libras que le entregaste?

CONDE — No; únicamente el reloj y la cartera.

NICK — ¿Vivía muy lejos?

CONDE — En Picadilly.

NICK — ¿Por casualidad el portèro le vió salir durante la fiesta?

CONDE — Creo que sí.

CONDE — Es raro, sin embargo, que haya ido a su casa a dejar el dinero y haya vuelto al baile a suicidarse.

CONDE — Algunos creen que al enterarse del asesinato de Olimpia... Como estaba loco por ella...

NICK — No. O el Barón salió del baile para ir directamente a casa de la artista y convencerse de la verdad, en cuyo caso no hubiera vuelto aquí a suicidarse, o fué directamente a Picadilly a dejar las diez mil libras y volver a la fiesta, no explicándome entonces que se haya suicidado sin ver antes el cadáver de sù amada.

CONDE — ¿Qué opinas entonces?

NICK — Que ese hombre puede haber sido víctima de una mano criminal.

CONDE — ¿Con qué fin?

NICK — Para robarle.

CONDE — ¿Pero el reloj... la cartera?

NICK — Esos objetos los roban solamente los rateros de oficio.

CONDE — ¿Tú crees?...

NICK — Yo veré; yo averiguaré. ¿Tienes por casualidad la numeración de los billetes de Banco que le diste?

CONDE Esta es. (Dándole un papel.)

NICK Perfectamente. Voy a empezar mis funciones de policía.

ESCENA VII

DICHOS; HANS por la derecha del fondo

HANS Ya estamos todos reunidos. Sólo se espera tu presencia.

CONDE Vamos allá.

HANS Buenós días, señor Nick Carter.

NICK Buenos días, señor Canciller. (Vanse el Conde y Hans.)

ESCENA VIII

NICK CARTER, en seguida HILDA

Nick al verse solo se dirige a la caja de caudales y la examina, luego la mesa, después el suelo. Entra Hilda sin ver a Nick, se convence de que nadie la sigue y se dirige a la caja, pero tropieza con él y lanza un grito

HILDA ¡Ah!

NICK ¡Hilda!

HILDA ¡Tú!

NICK ¿Querías algo?

HILDA No, nada, nada. (Va a marcharse. Nick queda sorprendido de su actitud.)

NICK Oye, ¿por qué anoche al anunciar el Vizconde de Yare que el Barón de Roxbury se había suicidado, contestate inmediatamente imposible?

HILDA ¡Por... cómo había yo de figurarme que fuese cierta la noticia!

NICK No me satisface la contestación. Dijiste además que el Baron no vestía un disfraz de Pierrot sino un dominó igual al que se puso el Canciller de la embajada.

HILDA Sí, lo dije... porque... al creer que se trataba de una broma y conociendo la extratagema del Canciller...

NICK Tus ojos dicen lo contrario que tu boca.

HILDA Entonces terminemos aquí. (*Va a marcharse.*)

NICK No tengas tanta prisa, Hilda. Falta una hora para almorzar. Hay tiempo aún.

HILDA ¿Tiempo de qué?

NICK De hablar como buenos amigos. Siéntate. (*Pausa.*) Si mal no recuerdo, me escribiste cierta vez que el Barón de Roxbury estaba decidido a pedir tu mano.

HILDA Hace de eso mucho tiempo.

NICK Dos años hará. ¿Por qué no se casó contigo?

HILDA Porque mis padres se opusieron a ello.

NICK Tu carta, que aun debe hallarse en poder mío dejaba entrever una pasión intensa por ese hombre, una alegría infinita por el paso que se proponía dar, un deseo vehemente de ser su esposa,

HILDA Te engañas.

NICK No, Hilda, no. El desencanto debió ser terrible.

HILDA Acaté la voluntad de mis padres.

NICK ¿Qué género de vida llevaba el Barón?

HILDA No sé.

NICK Necesito que me des algunos detalles...

HILDA ¿Para qué? Dejemos en paz a los muertos.

NICK Te advierto que su nombre se halla mezclado en un misterioso asunto que a todo trance he de esclarecer.

HILDA ¿Y recurres para eso a mí?

NICK ¿A quién si no? Tú hablaste anoche con él tú lo dijiste y una confesión que se escapa de labios de una mujer en el momento en que se te escapó a ti, es sincera.

HILDA Pues bien, sí, hablé con él.

NICK ¿Cuándo?

HILDA Pocos momentos antes de su muerte.

NICK ¿Y no te manifestó su propósito?

HILDA No; dudo que cambiásemos dos palabras.

NICK Prima, sé conmigo sincera. Yo no trato de averiguar la clase de relaciones existentes entre el barón y tú. Nadie tiene derecho a investigar los secretos del corazón.

HILDA ¡Me ofendes!

NICK ¿Cómo puede ofender quien se halla dispuesto a disculpar? Contéstame. ¿Tuvo el Barón alguna violenta escena contigo?

HILDA No. (Pausa.)
NICK Perdóname si soy indiscreto. ¿Hablásteis de vuestros pasados amores?
HILDA No. (Molestada.)
NICK Ni advertiste en él algo anormal que te indujera a sospechar lo que ocurrió más tarde.
HILDA Sólo advertí que uno de los guantes que llevaba estaba manchado de sangre.
NICK ¿Qué dices? ¿Cuando habló contigo iba disfrazado de Pierrot?
HILDA No, con un dominó.
NICK ¿Y salió al jardín al separarse de ti?
HILDA Inmediatamente.
NICK ¿Pasó mucho tiempo antes de que el Vizconde anunciase el suicidio?
HILDA Cinco minutos.
NICK ¿Pero cómo es posible que en tan breves instantes cambiase de disfraz y tomase esa enérgica resolución? Además quo en el jardín no ha sido encontrado dominó alguno. Vuelve a torturar mi mente la idea de un crimen.
HILDA ¿Un crimen?
NICK Sí; temo que a ese hombre le hayan asesinado.
HILDA ¡Qué dices!
NICK Sí, para robarle.
HILDA ¿Para robarle qué?
NICK Diez mil libras que llevaba encima y tal vez algunos papeles...
HILDA ¡Oh, entonces!...
NICK ¿Entonces qué? ¡Habla! ¡Tú sabes algo! Dime lo que ha mediado entre el Barón y tú. Sepa yo de una vez lo que ocultas en el fondo de tu alma. De ello depende quizás el esclarecimiento de unos hechos que han de salvar a tu esposo. El Barón de Roxbury le vendió anoche un documento en diez mil libras esterlinas y ese documento ha sido robado de allí.
HILDA ¡Ah, conque era él! ¡Era el mismo!...
NICK Confiesas ¿puedes ayudarme a descubrir la verdad y vacilas aún?
HILDA ¿No has dicho antes que nadie tiene derecho a investigar los secretos del corazón?

NICK — Pero si los de la conciencia. Habla pronto o voy a creer que eres cómplice de ese delito.
HILDA — ¿Sospechas de mí?
NICK — Sospechar, no. Tengo el convencimiento.
HILDA — ¡Primo!
NICK — Habla ó te delato a tu esposo.
HILDA — ¿A mí? ¿qué pruebas tienes?
NICK — Las que me acabas tú de dar.
HILDA — Yo.
NICK — Tú, sí; las involuntarias palabras que escaparon de tus labios, te han vendido.
HILDA — Negaré cuanto digas.
NICK — Sostendré la acusación.
HILDA — ¡Infame!
NICK — Basta. Puesto que eres culpable y no quieres confiarte a mí, debes atenerte a las consecuencias. (Vase.)

ESCENA IX

HILDA, luego PADDY

HILDA — ¿Qué puede ese hombre decir? ¡Nada! El documento está en poder mío¡ lo devuelvo a la caja y... ¿Pero y las cartas?
PADDY — Señora...
HILDA — ¿Qué quiere usted?
PADDY — Una señorita pregunta con gran insistencia por la señora.
HILDA — ¿Ha dicho su nombre?
PADDY — No. Unicamente a la señora quiere revelarlo. Dice que se trata de un asunto de gran importancia.
HILDA — Que pase. (Vase Paddy.) ¿Quién será?

ESCENA X

HILDA, LILY PARKER. Viste elegantemente. Lleva un bolso

LILY — Señora.
HILDA — Adelante, señorita,
LILY — ¿Tengo el honor de hablar con la señora Hilda Cleaver, condesa de Weissen?

HILDA Sí, señorita. Siéntese usted.

LILY Gracias. En dos palabras voy a ponerla al corriente del objeto de mi visita. Anoche en el baile de la Embajada se suicidó el Barón de Roxbury, ¿no es cierto?

HILDA Sí, por desgracia.

LILY Pues bien, ese pobre Barón momentos antes de levantarse la tapa de los sesos, confió a cierta persona un paquete de cartas comprometedoras que según tengo entendido pertenecen a usted.

HILDA ¿A mí?

LILY A usted, señora Hilda Cleaver.

HILDA No comprendo.

LILY La persona que las posee y que tiene el encargo de restituírselas a su dueña me ha confiado uno de los sobres. Vea usted. (*Saca del bolso un sobre, mas no se fija en que al propio tiempo se le cae un papel al suelo que quedará allí hasta el final del acto.*) «Al señor Jorge de Shawsen, Barón de Roxbury.» ¿Conoce usted la letra?

HILDA ¡Sí, la conozco! ¡Gracias! Diga usted a esa persona que mi reconocimiento será eterno. Que Dios recompensará su generosa acción.

LILY ¿De manera que se halla usted dispuesta a adquirirlas?

HILDA Inmediatamente.

LILY Falta saber si le convendrán a usted las condiciones.

HILDA ¿Qué condiciones?

LILY El actual poseedor de las cartas me ha manifestado que el Barón ordenó devolvérselas a usted a cambio de dos mil libras.

HILDA ¿Cómo?

LILY Según tengo entendido el Barón debía recibir de manos de usted esa cantidad y puesto que se trata de cumplir los deseos de un moribundo, (*Con sorna.*) ya que el Barón al entregarlas se hallaba dispuesto a suicidarse, solo a cambio de esa suma le serán devueltas.

HILDA Pero... señorita... yo no tengo ese dinero, yo no debía entregarle nada al Barón; ustedes lo han entendido mal. Aunque la letra sea mía, las cartas están escritas por encargo de

otra persona que estaba en relaciones con él. Nunca pagaré tal enormidad por unas cartas que no me pertenecen.

LILY Si usted se niega terminantemente a adquirirlas le participo que serán ofrecidas a su esposo con la convicción de que él dará lo que se pida por ellas.

HILDA ¡Pero eso es un chantage!

LILY No, señora Condesa; es la voluntad de un moribundo.

HILDA Y aun suponiendo que las adquiera mi marido, no veo el perjuicio que pueden ocasionarme, puesto que están escritas antes de nuestra boda.

LILY Se equivoca usted, señora Condesa. La última data de tres meses.

HILDA ¡Esto es una infamia! ¡Una verdadera infamia!

LILY No grite usted, se lo suplico. Pueden oir su voz, acudir los criados y verme obligada a explicarles el motivo de mi visita.

HILDA Pero, en fin, ¿cuáles son las conclusiones que usted trae?

LILY Que si mañana a las doce de la noche no ha retirado usted sus cartas, mediante dos mil libras, pasado mañana a primera hora estarán en poder de su esposo.

HILDA ¿Y no hay otro medio? ¿No puede usted darme mejor solución?

LILY Es la única.

HILDA ¿Cómo proporcionarme ese dinero?

LILY Venda usted sus joyas.

HILDA ¡Mis joyas!

LILY Recurra usted a sus amistades. No creo que para la esposa de un embajador sea muy difícil hallar dos mil libras.

HILDA ¿No pueden ustedes rebajar la cantidad?

LILY No, el Barón lo dispuso así antes de morir, y hay que resignarse.

HILDA Ignoro lo ocurrido entre ustedes y la clase de relaciones que les unía con el difunto, pero desde ahora puedo asegurar que el Barón no ha dispuesto nunca tal cosa. Eso es una infamia de ustedes que se valen de poseer esas cartas para abusar de una pobre mujer. ¡Malvados! ¡Malvados! ¡Gente ruin!

LILY — Recomiendo a usted de nuevo que no grite.

HILDA — ¡Bonito papel el de usted, señorita! ¿No podía escoger mejor oficio?

LILY — A usted las circunstancias le obligaron a engañar a su esposo, a mí me obligan a intervenir en este asunto. Tan repugnante es su papel como el mío. Debemos resignarnos las dos.

HILDA — Salga usted, salga usted inmediatamente de esta casa o voy a hacer que la echen mis criados.

LILY — Se guardará usted bien.

HILDA — ¡Fuera de aquí!

LILY — Ya me voy.

HILDA — ¡Fuera!

LILY — Cálmese usted. La ira ha turbado su mente. Segura estoy de que cuando se le aplaquen los nervios entrará usted en razón. No olvide que mañana a las doce de la noche expira el plazo. Si en cualquier momento se decide usted a recobrar sus cartas, no ha de hacer más que llegarse hasta la «Garrick Pensión» en Leicester Square. Es una casa donde se alojan únicamente artistas. Pregunta allí por Lily Parker y terminaremos nuestro asunto. Adiós, señora Condesa. Siempre a sus órdenes. (Vase.)

ESCENA XI

HILDA, en seguida NICK CARTER. Hilda cae sobre un sillón

HILDA — ¡Estoy perdida! ¡Perdida sin remedio!

NICK — ¿Qué te pasa?

HILDA — ¿Nick, primo mío, si yo te pidiera un favor, serías capaz de hacérmelo?

NICK — Según.

HILDA — ¿Dudas?

NICK — ¿De qué se trata?

HILDA — Necesito dos mil libras.

NICK — ¿Para qué?

HILDA — Contesta únicamente si puedes dármelas.

NICK — Sin conocer el motivo no.

HILDA — ¿Te niegas a accedei a lo que te pido?

NICK — ¿No te negastes tú a responder a mis preguntas?

HILDA — Déjame. ¡No me martirices más! Todo se revuelve en contra mía.

NICK — ¡Pero qué es lo que te pasa! ¡No acierto a explicármelo! ¿Qué ha ocurrido aquí? ¿Qué voces eran esas que dabas hace un instante? ¿Con quién discutías? Con tu marido no, puesto que se halla en el gabinete rojo. Habla de una vez, ¿quién estuvo aquí? ¿No quieres decírmelo? Paddy. (Va al fondo a llamar al Criado.)

ESCENA XII

DICHOS y PADDY

PADDY — Señor.

NICK — ¿Quién estaba hace un momento en este despacho hablando con la señora Condesa?

PADDY — Yo... (Mirando a Hilda que permanece impasible.)

NICK — Pronto.

PADDY — Una señorita.

NICK — ¿Quién era?

PADDY — No sé, no quiso decir su nombre.

NICK — Bien, retírate. (Vase Paddy.)

ESCENA XIII

HILDA y NICK CARTER

HILDA — ¿Estás satisfecho? ¿Te parece bien el modo de conducirte en casa ajena, interrogando a los criados para que sospechen lo que no deben sospechar?

NICK — Tu esposo me otorgó plenas facultades...

HILDA — ¿Para qué?

NICK — Para interrogar a cuantos tenga por conveniente hasta descubrir al ladrón que aquí se alberga.

HILDA — Pues yo me opongo. El ser mi primo no te da derecho a proceder de esa manera.

NICK — ¿Y qué me importa a mí tu oposición? Tengo la completa seguridad de que te opones

porque conoces la verdad entera. Tú sabes perfectamente quién entró aquí a robar el documento y temes que lo descubra. Pues lo descubriré.

HILDA ¿De qué modo?

NICK Ese es mi secreto. Por el pronto ya he averiguado que el secretario de la embajada es ajeno al robo. Ahora procederé a interrogar a la servidumbre.

HILDA ¿Por qué?

NICK Porque me consta que uno de los criados es quien le ha quitado la llave, puesto que no se halla en el sitio de costumbre.

HILDA ¿Cuál de ellos?

NICK No sé. Voy a llamarles uno por uno en tu presencia, empezando por el mayordomo.

HILDA ¿Y yo he de consentir?... ¡No!

NICK Habla, pues.

HILDA ¿Pero qué he de decirte?

NICK La verdad.

HILDA ¡Primo, ten compasión de mí!

NICK ¡La verdad, pronto!

HILDA Bien, dame unos momentos de tregua. Lo sabrás todo.

NICK ¿Cuándo?

HILDA Después de almorzar.

NICK Fío en tu palabra. (Vase Nick.)

ESCENA XIV

HILDA

¿Y he de verme obligada a descubrir mi secreto? ¿He de pasar a sus ojos por una mujer perdida? No, jamás. Aprovecharé estos instantes de respiro para devolver el documento a la caja. ¿Pero y las dos mil libras? No importa; las saco de ahí, recupero mis cartas y todo ha terminado. (Se dirige a la caja.) ¡Otro robo! ¡Es el único medio! ¡Así lo ha dispuesto la fatalidad! (Corre a las puertas, se convence de que no viene nadie, se acerca cautelosamente a la caja, saca una llave del bolsillo y la abre; va a depositar el documento, pero la sorprende el Conde.)

ESCENA ULTIMA

HILDA, el CONDE, en seguida NICK CARTER

CONDE Hilda. (Cogiéndola del brazo.)

HILDA ¡Federico!

CONDE ¡Tú! ¡Eras tú!

HILDA ¡No, yo te juro!...

CONDE ¡Desgraciada! (Le sujeta fuertemente amenazándola.)

NICK ¡Conde! (Deteniéndole con la voz.)

CONDE ¿Qué hacías aquí? ¿Qué es esto? (Arrebatándole el papel de la mano.) ¡El documento!

HILDA ¡No he sido yo! ¡No!

CONDE ¿Ibas a devolverlo?

HILDA ¡Sí, pero yo no he sido!

CONDE ¿Entonces conoces al ladrón? ¡Era quien yo me figuraba, el mayordomo! Estoy seguro.

HILDA No, tampoco.

CONDE ¡Solo por ese viejo imbécil eres capaz de hacer lo que has hecho!

HILDA Digo que no.

CONDE ¿Entonces quién?

NICK Responde.

HILDA (Tomando una enérgica resolución.) ¡Nunca! Matadme, prendedme, llevadme a los tribunales; nadie arrancará una palabra de mis labios. ¿No tienes el documento, pues qué más quieres? Nadie sabrá nunca de mi boca quién ha sido el ladrón. (El Conde queda sorprendido de su actitud. Nick avanza unos pasos, recoge la carta que dejó caer Lily, la lee y dice a Hilda en son de desafío.)

NICK Lo veremos. (Vase.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Saloncito elegante en la «Garrick Pension.» Mesitas para té, etc. Otro saloncito biblioteca al fondo sin puertas de comunicación separado por una gran vidriera.

ESCENA PRIMERA

MADAM NIX, VIOLETA, luego DORIS, EL CONDE y ARABELLA. Madam Nix está haciendo un solitario.

ARAB. Eres muy gracioso, Conde. Como no me compres mañana esa pulsera, hemos terminado.

CONDE Pero escucha...

VIOL. (Entra.) Buenas noches, Madam Nix.

NIX Buenas noches, Violeta. ¿Qué noticias traes? ¿Se ha descubierto algo respecto al asesinato de Olimpia?

VIOL. Nada absolutamente. El crimen permanece envuelto en el misterio más profundo. Unos dicen que fué el Barón quien la asesinó por celos y que luego arrepentido se dió la muerte.

NIX ¿Pero entonces el robo de las alhajas?..,

VIOL. ¡Quién sabe!

CONDE ¿Cuánto vale la pulsera?

ARAB. Cien libras.

(El Conde llama y entra Betty.)

NIX ¡He aquí en lo que ha venido a parar todo su orgullo! Porque no me negarás que Olimpia era muy orgullosa. Antes, cuando vivía

en esta Pensión nos consideraba mucho, pero desde que se trasladó a la casa vecina, nos trataba a Jessie y a mí con marcado desdén.

VIOL. Creo que estaba disgustada con ustedes porque en cierta ocasión se permitieron hacer algunas apreciaciones que ofendían su dignidad de artista.

(Entra Betty con recado de escribir.)

NIX ¡Calumnias, viles calumnias! ¿Cuándo hemos hablado mal de ella? ¡Jamás! ¿Acaso teníamos algo que envidiarle? ¿Acaso mi sobrina no la iguala en talento? ¿Es que se creyó al verse favorecida por el público que había de humillarnos? Yo soy una de las artistas que mayor fama tuvieron y a nadie he despreciado en la vida. ¡Qué bien dijo uno de los siete sabios, que la modestia acompaña siempre al talento! ¿Cuándo han podido compararse sus triunfos á los míos? ¡Nunca! No hay teatro en el mundo que no se haya estremecido oyendo los aplausos estruendosos de una multitud que me aclamaba. Y en Roma ha habido tiros en la puerta del escenario para verme salir. Y en Nueva York los espectadores han linchado a un pobre viejo, por toser mientras yo cantaba. Y en Calcuta... y en Bombay... y en Benarés... En Benarés, un rajah de las cercanías, tenía ya dispuestos treinta elefantes con sus correspondientes torres de marfil para raptarme, y a no impedírselo un capitán de cipayos, que andaba loco por mí, me rapta, vaya si me rapta.

VIOL. ¿Entonces ha sido usted una artista verdaderamente célebre?

NIX ¿Quién lo duda? Pregunta a varios de los caballeros que vienen aquí todas las noches y te dirán quién fué en sus buenos tiempos Paulina Nix. Y sin embargo, ya me ves, modesta, siempre modesta. ¡Ah, si yo no me hubiese quedado sin voz a los veinte y siete años!... Ahora me veo obligada a vivir a expensas de mi sobrina. ¿No es verdaderamente deplorable?

(Violeta toca un timbre. Entra Doris.)

VIOL. Doris, tráeme un cocktail.

NIX Y otro a mí. (Vase Doris.)

DORIS Al momento.

NIX ¡Tengo que darte una gran noticia!

VIOL. ¿Cuál?

NIX Que ha llegado un empresario norte americano; un tal Mister Morton. Viene a contratar algunos artistas. Se hospeda aquí.

VIOL. ¿Le conoce usted?

NIX Ya lo creo. Me hice presentar por el dueño de la Pensión. Apenas oyó mi nombre me miró con asombro y me dijo: ¡Cómo! ¿Usted es aquella celebre Paulina Nix, cuyos éxitos recuerda con entusiasmo Nueva York entero? Y me dió un abrazo estrechísimo. Me ha parecido un hombre muy inteligente.

VIOL. Preséntemelo usted. Me gustaría ir a América.

NIX No sé si le convendrás. Como hace poco que trabajas... El necesita gente que haya nacido en el teatro; gente con historia artística, como mi sobrina, pongo por ejemplo. Ella lo tiene ya en la masa de la sangre. Hija de artistas y con una tía como yo...

DORIS Aquí está lo pedido. (Sirve dos cokcatail y se va.)

ESCENA II

DICHOS, JESSIE, KETTY y JENKINS con ramos de flores.

JESSIE Buenas noches.

VIOL. Buenas noches.

NIX ¿Qué tal, Jessie? ¿Muchos éxitos?

JENKINS Aquí tiene usted la prueba. (Por los ramos.)

NIX ¡Ah, flores! ¡Flores! ¡Un abrazo! ¡Eres digna sucesora mía!

JENKINS ¿Vino el vizconde? (A Ketty que quita el abrigo a Jessie.)

KETTY Todavía no.

JENKINS ¿Ni Lily tampoco?

KETTY Tampoco.

JENKINS Voy entonces al Coliseum. Quizás estén allí aún. Hasta luego.

VIOL. Hasta luego. (Vanse Jenkins y Ketty.)

ESCENA III

VIOLETA, NIX y JESSIE

NIX ¿Traes alguna noticia de importancia?

JESSIE Según rumores un norteamericano muy rico ha apostado diez mil libras a que encuentra al asesino de Olimpia de Fleurs.

NIX ¿Un norteamericano?

JESSIE Sí, un primo del embajador de Alemania. Creo que fué en el baile de la Embajada donde hizo la apuesta con el Duque de Queenstown. Eso me lo han dicho en secreto.

VIOL. Y tú en secreto se lo habrás contado a todo el mundo.

NIX ¡Esos americanos me encantan! ¡Se arriesgan a todo! Yo les tengo mucho cariño. Será porque a ellos debo lo que fuí. ¿Dices que es primo del Embajador de Alemania? Voy a preguntar a mister Morton si le conoce.

JESSIE ¿Quién es mister Morton?

NIX Un empresario yanquee que ha llegado hoy. Gran admirador de mi fama. Le hablé de ti. Me ha prometido contratarte.

JESSIE ¿Es rico?

NIX Millonario. Creo que tiene una casa de cuarenta pisos en Nueva York.

ESCENA IV

DICHOS. NICK CARTER

NICK Buenas noches, señoras.

NIX Aquí está.

VIOL. ¡Este es!

NIX Jessie, te presento al non plus ultra de los empresarios norteamericanos, mister Morton. Mi sobrina Jessie Flaxman, estrella del Palace.

JESSIE Caballero.

NICK Señorita.

NIX ¿Y qué tal? ¿Viene usted del Oxford?

NICK Sí señora, de allí vengo. He visto a la Sackville, que por cierto me ha gustado mucho.

NIX ¡Valiente mamarracho! Apenas sabe bailar; ¡qué modo tan descompasado de mover las piernas! ¿Y cantar? canta cómo un grillo. Lo que tiene es gracia natural, pero arte...

NICK Ví también a la Leslie con sus danzas egipcias.

NIX Otra que tal baila, es decir, no baila mal, pero tiene una figura...

JESSIE ¡Parece una momia!

VIOL. (Aparte a Nix.) Preséntemelo usted.

NIX (Aparte a Violeta.) Luego, más tarde.

NICK Quien me ha gustado en extremo ha sido la Nilss, bailando la Danza de las Flores.

NIX Ah, pues sepa usted que para esa danza no hay nadie como ésta. Todos los periódicos lo dicen. Le aseguro que en Norte América haría furor. (Violeta se ha separado.)

NICK ¿Esa señorita es también artista?

NIX Sí, pero vale poco; le falta práctica. A usted le conviene mi sobrina. Voy a enseñarle los periódicos que hablan de ella. (Aparte a Jessie.) No le abandones; que no hable con Violeta. (Vase.)

JESSIE Descuida. Le aseguro que va usted a quedarse sorprendido ante los elogios que me prodiga la prensa. Y en tocante a presentación, no hay quien me gane. Tengo una verdadera riqueza en vestidos. Quiero que vea usted las fotografías. (Vase.)

ESCENA V

NICK CARTER. VIOLETA

VIOL. Señor Nick Carter, ha hecho usted muy mal en venir a una casa donde hay varias personas que le conocen.

NICK ¿Qué dice usted, señorita?

VIOL. Digo que le va a ser a usted muy difícil ganar la apuesta si no toma otras precauciones.

NICK ¡No comprendo!

VIOL. Es inútil que trate de fingir. Yo estaba an-

teanoche en el baile de la Embajada y ví cómo le presentaban al vizconde de Yare que era mi pareja, como primo de la Condesa de Weissen.

NICK ¿Está usted segura?

VIOL. Segurísima. llevaba usted un dominó negro elegantísimo.

NICK Cierto. ¿Quién es usted, señorita?

VIOL. Violeta Becker, del Palace Theatre.

NICK ¡La he oído nombrar a usted con gran elogio! ¡Tengo un verdadero placer!

ESCENA VI

DICHOS. NIX y JESSIE con retratos y periódicos

NIX Vea usted..

VIOL. Perdón, señora Nix, ha llegado usted tarde; me está contratando a mí.

NIX
JESSIE } ¡Eh!

NICK Ya hablaremos mañana, señora.

NIX (Aparte a Jessie.) Ah, pues yo no me acuesto sin tener una entrevista con él. (Vanse.)

ESCENA VII

NICK CARTER. VIOLETA

VIOL. ¿Pero entonces es cierto lo de la apuesta?

NICK Sí, señorita, ¿quién se lo ha dicho a usted?

VIOL. Jessie trajo la noticia ¿Y ha venido usted aquí fingiéndose empresario para empezar sus pesquisas?

NICK Cierto.

VIOL. Vuelvo a repetirle entonces que ha hecho usted muy mal.

NICK ¿Porque usted me conoce?

VIOL. Porque le conocen a usted otras personas que se reunen aquí todas las noches; entre ellas su adversario el Duque de Queenstown, el vizconde de Yare y el Canciller de la Embajada.

NICK ¿También el Canciller?

VIOL. También; ese no falta nunca.

NICK ¡Diablo! ¡Tiene usted razón, he cometido una imprudencia! ¡No hay más remedio que desafiar el peligro cara a cara; ya no hay tiempo de retroceder!

VIOL. El Duque hará todo lo posible para impedir que gane usted la apuesta.

NICK ¡Es lógico!

VIOL. Se valdrá de auxiliares como el vizconde que es gran amigo suyo.

NICK Claro.

VIOL. Y éste se valdrá de la Parker que es su protegida, que no desperdiciará ocasión ni manera de espiar sus actos.

NICK Verdad es. Pero, ¿no podría yo también valerme de algún poderoso auxiliar?

VIOL. ¿Cree usted que puedo serle útil?

NICK ¿Por qué no?

VIOL. No me disgustaría ayudarle a usted a descubrir al asesino de Olimpia.

NICK Y yo la recompensaría a usted espléndidamente.

VIOL. Cuente usted conmigo. (Se dan la mano.)

NICK Una aclaración. ¿A qué se debe que asistiera usted al baile de la Embajada?

VIOL. El vizconde me invitó. Yo había manifestado otras veces deseos de asistir a una fiesta aristocrática y aproveché la ocasión.

NICK ¿Pero cómo si las invitaciones eran personales?

VIOL. Yo no sé; el caso es que los criados de la Embajada me anunciaron como a la Condesa de Wills.

NICK Ese vizconde se exponía a un serio conflicto si llegaba a descubrirse el engaño.

VIOL. Era imposible que se descubriera puesto que habíamos convenido en retirarnos antes de la hora de quitarse el antifaz.

NICK ¿Y lo hicieron así?

VIOL. No, porque el vizconde me abandonó en el salón y no volvió hasta que se supo lo del suicidio del Barón de Roxbury.

NICK ¿Y entonces se marcharon?

VIOL. Aprovechando la confusión que se produjo.

NICK ¿Conocía usted personalmente al Barón?

VIOL. Había hablado con él distintas veces. Venía

aquí muy a menudo cuando Olimpia vivía en esta Pensión.

NICK ¿Le vió usted en el baile?

VIOL. No. Es decir, por el disfraz me pareció que era él quien se acercó al vizconde y le puso una mano en el hombro

NICK ¿No pudo conocerle por la voz?

VIOL. No, puesto que no dijo una palabra. Estábamos en el salón de las columnas, cuando un Pierrot que usaba guante gris se acercó a nosotros; sin hacerle caso, volvimos al salón de baile y el vizconde me dejó allá.

NICK ¿Era usted gran amiga de Olimpia?

VIOL. Lo bastante para que ella me comunicase sus más íntimos secretos.

NICK ¿Qué tal se llevaba con el Barón?

VIOL. Muy bien, puesto que él la quería con locura, aunque a veces habían tenido serios disgustos. Ella era muy vanidosa; todo su afán estribaba en poseer espléndidas joyas y las tenía magníficas.

NICK Me han asegurado que él jugaba.

VIOL. Mucho; y le hacía regalos de gran valor cuando estaba de suerte. Para ayer que era el día de su cumpleaños le había prometido un magnífico collar, que Olimpia vió en una joyería y por el cual andaba loca. Pero según me han asegurado el Barón perdió hace cuatro días en el Club más de quince mil libras y como el collar valía diez mil, no creo que estuviese en disposición de regalárselo.

NICK ¿Diez mil? (Pensativo.)

VIOL. Sí.

NICK ¡Qué casualidad! Hubiera sido un regalo digno de un príncipe.

VIOL. Ya lo creo. (Pausa.)

NICK ¿La visitaba usted a ella?

VIOL. Ultimamente no, porque él le había prohibido que alternara con nosotras. Cuando vivía en esta Pensión éramos inseparables. Ocupaba las habitaciones que ocupo yo en la actualidad. Después se trasladó a la casa vecina y dejamos de visitarnos, pero nos hablábamos muy a menudo por el balcón.

NICK ¿Cree usted que el Barón puede haber cometido el crimen que se le imputa?

VIOL. No sé; para convencerme de ello necesitaría conocer un detalle...

NICK ¿Qué detalle?

VIOL. Todo induce a creer que pudo haber sido él, puesto que el asesino entró en la casa sin romper ninguna cerradura y únicamente el Barón tenía las llaves.

NICK Pero no creo que hubiese robado las joyas.

VIOL. Es que no sabemos si las han robado.

NICK Así lo declaró la servidumbre.

VIOL. No basta.

NICK ¡Cómo! (Violeta cree que ha dicho demasiado y se detiene.)

VIOL. Digo yo.

NICK ¿Le inspiro a usted confianza, señorita?

VIOL. Sí.

NICK ¿Por qué calla entonces lo que sabe?

VIOL. ¿Yo? (Confusa.)

NICK Acaba de pronunciar ciertas palabras que me obligan a creer que usted puede simplificar en mucho mi tarea. ¿Por qué ha hablado usted antes de un detalle? ¿Por qué duda del robo de las joyas?

VIOL. Porque únicamente Olimpia, el Barón y yo sabíamos donde estaban ocultas.

NICK ¿Qué dice usted?

VIOL. Hace ocho días al dirigirnos por la noche al teatro, oí que me llamaban desde otro coche; me apeé; era Olimpia, subí a su lado y me contó con terror que la noche antes al acostarse vió al través de los cristales una mano gris que intentaba abrir el balcón de su alcoba.

NICK ¿Una mano gris?

VIOL. Asustada llamó a la servidumbre, pero nadie acudió; estaban todos durmiendo. Corrió entonces a encerrarse en el cuarto toilette y allí pasó la noche temblando. Al comunicar lo ocurrido al Barón, éste la tranquilizó diciéndola que era imposible trepar al balcón desde la calle. Yo también quise tranquilizarla, pero ella me replicó: tengo miedo de que me roben mis joyas. ¿Por qué no las depositas en el Banco?—la dije.—Porque quiero lucirlas todas las noches—me contestó con cierta altivez.—Ocúltalas en-

tonces.—Tienes razón. Subimos las dos a su cuarto y después de mucho buscar dimos por fin con un lugar seguro.

NICK ¿Dónde?

VIOL. Dentro de la chimenea, se separa un ladrillo del fondo, y allí...

NICK ¡Admirable!

VIOL. Juramos no descubrir a nadie el secreto. Unicamente ella se lo comunicó al Barón. Por eso dije antes que necesitaba conocer cierto detalle. Si las joyas han desaparecido podemos casi asegurar que él ha sido el criminal, de lo contrario...

NICK Y usted ¿por qué no ha comunicado el hecho a la policía?

VIOL. Porque me da un terror pánico verme envuelta en algún proceso. Haga de mi revelación el uso que tenga por conveniente pero a nadie diga que lo ha sabido por mí.

NICK ¡Gracias por la confianza!

VIOL Ayer vino un caballero a interrogar a cuantas personas conocíamos a la víctima, pero yo le dije que no sabía nada. Le aseguro que me puse enferma.

NICK Cuente usted con mi discreción.

VIOL. Y usted con mi pobre ayuda.

NICK Al contrario. Con un auxiliar como usted se puede hacer mucho. ¿Alianza ofensiva y defensiva?

VIOL. ¡Yes! (Se aprietan la mano y se van uno por cada lado.)

ESCENA VIII

DUQUE DE QUEENSTON, VIZCONDE, LILY y HANS. Luego DORIS

HÁNS ¡Magnífico! ¡Piramidal! Yo no he visto nada parecido. ¡Digan lo que quieran, la Stocker es la primera bailarina del orbe!

LILY (Aparte al Vizconde.) ¡Me molesta ese señor!

VIZC. (Aparte a Lily.) No le hagas caso.

HANS ¡Qué desenvoltura, qué gracia. qué movimientos! ¡A mí me tiene loco el teatro! ¡Si yo debía ser artista! En cambio la diplomacia...

DUQUE ¿No le gusta?

HANS Me carga sobremanera. Esta noche debía asistir al banquete que la Cámara de Comercio alemana da a mi cuñado el embajador, y ya ve usted, he preferido ir al Coliseum y venir aquí.

DUQUE Bien hecho. (Hans toca el timbre. Entra Doris.)

HANS Doris, trae whisky.

VIZC. ¿Ha venido el señor Jenkins?

DORIS Sí; pero se marchó otra vez. También a eso de las nueve vino una señora a preguntar por usted. (A Lily.)

LILY ¿Quién era?

DORIS Lo ignoro. Yo le dije que hasta las once no volvería usted del teatro, y se fué sin decir una palabra. (Signo de inteligencia entre Lily y el Vizconde.)

LILY ¿Qué señas tiene?

DORIS Me pareció una señora muy distinguida. Cubría su cara con un velo.

LILY Está bien. (Vase Doris y vuelve en seguida con wisky y copas.)

VIZC. ¿Traerás las dos mil libras?

LILY Seguramente.

ESCENA IX

DICHOS, VIOLETA, JESSIE y NIX

NIX Hiciste bien en no aceptar menos de mil quinientos dollars por mes y viaje de ida y vuelta. Pues ¿qué se ha creído? ¿Dónde está? Necesito hablar con él inmediatamente.

HANS ¡Aquí tenemos a la perla del Palace!

NIX (A Jessie.) ¿Oyes lo que te dicen?

HANS Buenas noches, graciosa Violeta.

VIOL No, si es a mí.

NIX ¡Ah!

VIOL. ¿Cómo está usted, señor calavera?

HANS ¡Diablo! ¿Ha llegado hasta vosotras mi fama de hombre galante?

VIOL. No, querido; me refiero a su disfraz del baile de la embajada.

JESSIE ¡Tiene gracia! (Todas ríen.)

HANS — Es verdad que tú estabas allí, picaruela. Y dime, ¿quién te llevó?
VIOL. — Es mi secreto. (Se sientan en otra mesa.)
DUQUE — Yo no creo que ese hombre gane la apuesta. Sin embargo... a veces la casualidad...
VIZC. — Jenkins tiene encargo de no perderlo de vista.
DUQUE — ¡Jenkins es un idiota! ¿De dónde has sacado a ese hombre?
LILY — ¡Silencio! (Viendo a Jenkins que entra.)

ESCENA X

DICHOS y JENKINS

VIZC. — ¿Y bien...?
JENKINS — He perdido su pista. Fuí al Hotel Continental, donde se hospedaba, y me han dicho que esta tarde se ha marchado.
VIZC. — ¿Dónde?
JENKINS — Eso es lo que no he podido averiguar.
VIZC. — Eres un torpe de la peor especie. No hay golpe que no se frustre al intentarlo tú. El Duque necesita ganar las diez mil libras de la apuesta por todos los medios posibles; pero a este paso...
JENKINS — ¿Crees que no hago cuanto puedo?
VIZC. — ¡Imbécil!
JENKINS — ¡No me insultes!
LILY — Prudencia. Vámonos de aquí. (Vanse los cuatro.)
HANS — Sois encantadoras las dos. Os invito mañana a dar un paseo por el río, hasta Henley, y allí a un almuerzo en el mejor hotel. A usted también, señora.
NIX — Aceptado.
VIOL. — Pero con una condición: tiene usted que disfrazarse.
HANS — Disfrazarme, ¿de qué?
VIOL. — De mono. (Todas ríen.)
HANS — ¡Eso no! ¡Se trata de un paseo con toda seriedad!
VIOL. — Bien; está prohibido reirse.
HANS — ¿No podríamos llevar también a la Stocker? ¡Es una mujer que me tiene loco!

NIX — No, a la Stocker, no; si ella va, no va mi sobrina. Son incompatibles.

HANS — ¿Por qué?

NIX — Porque es una pretenciosa. Cree que en el mundo no hay nadie más que ella, y puedo asegurarle que no vale nada.

VIOL. — ¡Pues a mí me gusta!

NIX — Claro, porque tú no entiendes una palabra de arte.

HANS — ¡El público la quiere mucho!

NIX — ¡Qué sabe el público! Toma lo que le dan por malo que sea y aun aplaude.

VIOL. — Por eso la aplaudía a usted.

NIX — ¿Qué quieres decir? ¡Aquéllos eran otros públicos y distinguidos en extremo! Reyes han ido al teatro a verme a mí. Ha de saber usted, caballero, que el Sha de Persia hizo un viaje exprofeso a Constantinopla para oirme cantar.

HANS — Si no lo dudo, señora; más lejos hubiera ido yo (por no oirla). Pero dejen ustedes estas discusiones para mañana.

NIX — Es que me indigna que se pongan en tela de juicio mis triunfos, cuando hay muchas que no valen nada. ¡Envidia! ¡Todo envidia!

VIOL. — Eso es lo que digo yo, ¡envidia! ¿Cuánto no mordió usted a la pobre Olimpia por envidia de que Jessie no fuese como ella?

JESSIE — ¡Pues yo no me habría cambiado!

VIOL. — Claro, porque te hubieras visto en un compromiso.

JESSIE — ¡Estás loca!

(Hans se va al sofá del fondo y se duerme.)

VIOL. — Si no podíais disimular; si a cada instante procurábais zaherirla. Esa fué la principal causa de que se marchara. Ella tenía sus defectos, pero nunca había perjudicado a sus compañeras, como hacéis vosotras.

NIX — ¡Oh, qué infamia!

VIOL. — Infamia, no; la verdad. Yo no tendré la práctica de teatro que os atribuís, pero tampoco tengo vuestra malicia; por eso soy sincera.

NIX — Lo que eres tú una deslenguada.

JESSIE — ¡Una envidiosa!

VIOL. — ¡Envidia! Ni de vosotras ni de nadie; en

todo caso, admiradora de quien valga más que yo. Buenas noches. (Vase rápidamente.)

NIX — ¡Mira la mona esa! ¿Qué se ha creído? ¡Todo es por despecho de que ese empresario no la haya contratado! ¡Claro! Si no vale nada. ¡Total, porque los amigos le dicen cuatro cosas!...

JESSIE — ¡Tiene unos humos!

NIX — Ya los aplacará. Anda, recoge tus laureles. Quiero que los vea mister Morton. Es preciso que hablemos con él esta misma noche. (Recogen los ramos de flores y se van.)

ESCENA XI

HILDA y DORIS

DORIS — Tenga usted la bondad de aguardar aquí. ¡Diablo! Se ha dormido este buen señor. (Cierra la vidriera del saloncito donde está Hans y se va.)

HILDA — ¿Se ablandará esa mujer a mis súplicas? ¡Si persiste en su actitud, no sé lo que va a ser de mí!

ESCENA XII

HILDA y LILY. En seguida NICK CARTER

LILY — Buenas noches, señora.

HILDA — Buenas noches. (Se levanta el velo.)

LILY — Siéntese usted. Al decirme Doris que una señora preguntaba por mí, supuse que era usted y traje las cartas. ¿Traerá usted el dinero?

HILDA — No.

LILY — ¡Cómo!

HILDA — Me ha sido imposible hallarlo, señorita. Vengo únicamente a pedirle que me concedan un nuevo plazo. Dos mil libras no se encuentran así como así; sobre todo, cuando una no puede recurrir a su esposo.

LILY — Ya le dije que vendiera sus joyas.

HILDA Las que poseo, señorita, no alcanzan a esa cantidad.

LILY Entonces... (Levantándose. Nick Carter aparece tras la cortina.)

HILDA Señorita, tengan ustedes compasión de mí. ¡Bien cara pago mi falta! Crea usted que cuando no he traído el dinero es porque me ha sido completamente imposible. Yo espero que en dos o tres días...

LILY Las instrucciones que tengo son terminantes. Esta noche a las doce expira el plazo. Mañana por la mañana las cartas estarán en poder de su esposo. Verá usted cómo él no vacila en dar esa suma.

HILDA Yo tampoco; pero es que no la tengo. Nunca pude sospechar que el Barón... El tenía que devolverme estas cartas en el baile de la Embajada a cambio de un documento que ignoro por qué motivo no tomó. El sabía perfectamente que el sacrificio que yo hice era grandioso; por eso no debió nunca portarse conmigo así. Sea usted condescendiente, señorita. ¿Qué les cuesta concederme este nuevo plazo? Desde ayer que estuvo en mi casa, no he cesado de buscar ese dinero; pero no me ha sido posible encontrarlo, porque como usted comprenderá una mujer no puede dar ciertos pasos sin despertar sospechas. Viéndome perdida, intenté el último recurso, y apenas mi esposo salió esta noche para asistir a una fiesta, corrí al Hotel Continental en busca de mi primo, dispuesta a confesárselo todo, a fin de que me entregase las dos mil libras; pero mi primo se ha marchado. Ya ve usted que no he podido hacer más. Dentro de dos días yo le prometo traérselas.

LILY Lo siento mucho; pero...

HILDA ¡Por favor, señorita! ¿Qué ganan ustedes con labrar mi desventura? Sólo cuarenta y ocho horas. Yo encontraré el dinero.

LILY Bien; pero con una condición.

HILDA ¿Cuál?

LILY Que en lugar de dos mil, han de ser cuatro mil libras.

HILDA ¿Qué dice usted?

LILY — Mil libras más por día. Sólo así puedo acceder a sus deseos.
HILDA — ¡Pero esto es una verdadera infamia!
LILY — ¡Decídase pronto!
HILDA — Si no pude hallar dos mil, ¿cómo he de hallar las que me pide?
LILY — ¡Róbelas usted! No será la primera vez.
HILDA — ¿Qué se atreve usted a decir?
LILY — Que otras veces ha robado usted dinero de la caja de su esposo. Así lo dice usted al Barón en una de sus cartas.
HILDA — ¡Vil! (Saca un revólver.)
NICK — ¡Hilda! (Apareciendo y deteniéndola.)
HILDA — ¡Eh! ¡Tú aquí!
NICK — ¿Qué ibas a hacer?
HILDA — ¡No sé; estoy loca!

(Nick le quita el revólver, que guarda en su bolsillo. Lily le mira con recelo.)

NICK — Vamos, tranquilízate, prima. (Lily va a salir.) Señorita, no se vaya usted. Un momento. Tenemos que hablar. Corre a tu casa, imprudente, y ruega a Dios que no haya vuelto a ella tu esposo. (Aparte a Hilda.) (Sé cuanto me importaba saber. Todo lo arreglaré.)
HILDA — Gracias. (Le estrecha la mano y vase.)

ESCENA XIII

LILY y NICK CARTER

NICK — Siéntese usted, señorita.
LILY — Perdone usted; pero...
NICK — Más importante que lo que usted tenga que hacer es lo que yo voy a decirle. Ayer por la mañana estuvo usted en casa de mi prima.
LILY — ¿Yo?
NICK — A exigirle cierta cantidad a cambio de unas cartas.
LILY — Se equivoca usted.
NICK — No, puesto que he oído toda la conversación detrás de aquella puerta; mas, por si eso no bastaba, voy a enseñarle un documento que creo que la convencerá.
LILY — ¿Un documento?

NICK — Este papel que se le cayó del bolsillo en casa de la Condesa y que demuestra claramente la complicidad de usted en el asunto de las cartas robadas al Barón de Roxbury.

LILY — ¿Qué está usted diciendo?

NICK — Que le fueron robadas. Oiga usted (*Leyendo.*) «Querida Lily: El motivo que ya conoces me impide estar hoy a tu lado. No te olvides de presentarte mañana a primera hora en casa de esa mujer y exigirle a cambio de las cartas las dos mil libras. Pretexta que el sujeto en cuestión nos las confió antes de morir. Sé discreta.» ¡La cosa está bien clara! Si hay que pretextar que se las confió a ustedes, es que no es cierto. Luego no hay duda que se apoderaron de ellas por algún medio ilícito. Necesitaba conocer a esa Lily; ya la conozco. Vengo a ofrecerla, pues, esta carta a cambio de las otras.

LILY — Esa carta no va dirigida a mí.

NICK — Pero es usted quien la ha perdido.

LILY — Además, no tiene ningún valor.

NICK — ¿Eso cree usted? Pues yo voy a demostrarle lo contrario. (*Deja la carta encima de la mesa. A través de los visillos de la vidriera aparece una mano con guante gris que coge dicha carta, dejando en su lugar otro papel.*) Supongamos que entrego este papel a la policía denunciándola como cómplice del robo de las cartas. Al comprobarse que es usted la tal Lily, cae usted bajo el rigor de la ley, que ha de castigarla severamente; eso sin contar con que puede usted verse envuelta en el proceso del Barón de Roxbury, al que no sólo se acusa de asesino de Olimpia, sino que se le cree también traidor a la patria. Conque ya ve usted si tiene importancia el asunto y si puede perjudicarla a usted el papelito.

LILY — ¡Exageraciones!

NICK — Entonces no se ha dado cuenta aún del valor de esta carta. Voy a leérsela de nuevo para que se convenza. (*Al cogerla encuentra otro papel.*) ¡Cómo! (*Leyendo.*) «Sé prudente.» Pero y la otra?

LILY — Usted sabrá. Este es el papel que me ha mostrado usted antes.

NICK — Acabemos. Necesito las cartas de mi prima.

LILY — Ya sabe usted el precio.

NICK — Dos mil libras, puesto que no ha expirado aun el primer plazo.

LILY — Exactamente.

NICK — Tómelas usted. (Dándole unos billetes.)

LILY — Aquí están las cartas. (Dándoselas.)

NICK — ¿No olvida usted ninguna?

LILY — Ninguna.

NICK — Le prevengo que como intente usted engañarme se acordará usted de mí.

LILY — Hace usted mal en prevenir a quien no conoce. (Vase con aire de triunfo.)

ESCENA XIV

NICK CARTER. HANS en el fondo

NICK — «Sé prudente». ¿Es un consejo o una amenaza? Cerrada. (Por la vidriera del fondo que abre por fin, haciendo saltar el pestillo.) ¿Qué hace usted aquí? (Despertando a Hans.)

HANS — ¡Eh!

NICK — Señor canciller, ¿ha sido usted quien ha cerrado esta puerta?

HANS — Yo no.

NICK — ¿Qué hace usted dormido en este sofá?

HANS — ¡Nick Carter!

NICK — ¿Qué dirá su cuñado el embajador cuando sepa que viene usted a dormir a una Pensión de artistas?

HANS — ¡Me mata, vaya si me mata! ¡Y con los puños que tiene, parecidos a los de su hermana, mi dulce esposa que en santa gloria esté! (Vase. Nick examina el saloncito.)

ESCENA XV

NICK CARTER, en seguida VIOLETA

NICK — ¡Aquí falta un cristal! ¡Comprendo! Por aquí me han robado la carta. ¿Pero por dónde entraron? Este saloncito no tiene otra salida.

VIOL. Señor Nick Carter, vengo a participarle que ha sido descubierta su presencia en esta casa. La Parker acaba de comunicárselo al Duque y al Vizconde.

NICK No importa. Aquí no hay más puerta que ésta, ¿verdad?

VIOL. No.

NICK ¿Quién ocupa el cuarto vecino?

VIOL. Ella, la Parker.

NICK Usted me ha dicho que podía contar con usted en todo y por todo.

VIOL. Sí.

NICK Bien. Le suplico que tenga usted la bondad de guardar en su habitación esta cartera. (Dándole la cartera donde ha quedado el paquete de cartas.)

VIOL. ¿Nada más?

NICK Esta noche verá usted con toda seguridad cosas extraordinarias. No se asombre usted de lo que ocurra. Desconfíe de la Parker y no pierda de vista ni a ella ni al Vizconde.

VIOL. Pero...

NICK ¡Silencio! Váyase usted. (Vase Violeta.)

ESCENA XVI

NICK CARTER, DUQUE, VIZCONDE y JENKINS

DUQUE Aquí está el amigo Carter. Le tenemos convertido en empresario americano con el nombre de mister Morton. Ya que ha cambiado usted de apellido, podía haber cambiado también de cara. ¡Esa es la ventaja de nuestro Sherlock Holmes; saber aprovecharse del disfraz!

NICK ¿Para qué lo necesito? A Sherlock Holmes le conoce todo el mundo, a mí únicamente ustedes y no creo que vayan a descubrirme.

DUQUE Eso no.

VIZC. Por de contado.

DUQUE Le presento a usted al señor Edward Jenkins, sobrino del célebre general de ese apellido. El señor Nick Carter, primo del embajador de Alemania.

JENKINS ¡Caballero!

NICK ¡Caballero! (Se dan las manos. Nick observa la de Jenkins.)

JENKINS ¿Mira usted mi mano? No le asombre. Tuve un desafío y mi adversario me cortó esta falange.

NICK ¡Diablo!

JENKINS Pero no crea usted que se riese de mí, puesto que de un sablazo le partí la cabeza.

VIZC. ¡Bien hecho!

NICK No, puesto que el golpe no fué equitativo. Con haberle cortado una falange estaba en paz.

DUQUE Y qué tal, ¿avanza usted en sus gestiones?

NICK ¡Pshe!

DUQUE Me parece que tendremos que declarar nula la apuesta.

NICK ¿Por qué motivo?

DUQUE Porque una de las bases es descubrir al criminal antes que lo descubra la policía y como todo parece demostrar que fué el Barón de Roxbury...

NICK Hasta que expire el plazo no me doy por vencido.

DUQUE ¿Tiene usted alguna esperanza?

NICK Sí Mientras unos afirman que el Barón asesinó a Olimpia por celos, suicidándose después, otros lo niegan, fundándose en que las alhajas de la artista han desaparecido y que el Barón era incapaz de cometer una acción tan indigna.

DUQUE ¿Y qué opina usted?

NICK Que estos últimos son los que andan más desacertados, puesto que las joyas no han sido robadas.

TODOS ¡Eh!

NICK No se asombren ustedes. Mi primera pesquisa ha dado por resultado descubrir que en ninguno de los muebles estaban las susodichas alhajas, puesto que Olimpia las había escondido.

DUQUE ¿Dónde?

NICK Todas las noches al acostarse... Pero diablo, ¿puedo tener confianza en usted, señor Duque? ¿Son diez mil libras las que arriesgo?

DUQUE — Le doy a usted mi palabra de honor de que por mi parte nadie sabrá lo que usted me diga.

VIZC. — Ni por la nuestra.

NICK — Es que quiero para mí toda la gloria de ese descubrimiento. Mañana a primera hora iré a comunicar la noticia al juez de instrucción para que proceda a un examen detenido y compruebe la exactitud del hecho.

DUQUE — ¿Pero dónde ocultaba las alhajas?

NICK — Pues...

JENKINS — Acabe usted.

NICK — En el fondo de la chimenea. Levanta usted un ladrillo y... (Signo de inteligencia entre Jenkins y el Vizconde.)

DUQUE — Tiene gracia. Pero no se lo cuente usted a nadie más, porque si resulta que el asesino no fué el Barón...

VIZC. — Puede volver a la casa...

NICK — ¿Cómo? ¿Si está vigilada por la policía?

DUQUE — ¿Y quién le comunicó a usted el secreto?

NICK — Cierta persona mediante un espléndido regalo.

VIZC. — ¿Quién es esa persona?

NICK — (Riendo.) No se puede decir.

DUQUE — ¡Bravo! ¡Va usted a dejar tamañito a los detectives de profesión! ¡Hay que festejar la primera victoria! (Toca el timbre. Entra Doris.) Doris, trae champagne.

VIZC. — (Aparte a Jenkins.) ¿Cómo habrá sabido ese hombre?

JENKINS — ¿Te convences de que no estaban las alhajas?

VIZC. — ¡Esta noche hay que dar con ellas!

JENKINS — ¡Bien!

NICK — Yo creo que con los veintiocho días que me faltan...

DUQUE — A ese paso no hay duda que va usted a ganar. (Entra Doris con champagne que sirve. Se lleva después los otros servicios.)

VIZC. — Aquí está el champagne.

DUQUE — ¡A los triunfos del nuevo policía! ¡Hurrah! ¡por el gran detective!

JENKINS, VIZC. — ¡Hurrah! (Beben.)

VIZC. — ¡Un cigarro! (Ofreciéndole un cigarro.)

NICK — Gracias (Lo toma y al buscar fósforos para encenderlo lo cambia por otro que lleva en el bolsillo.)

DUQUE — Si verdaderamente gana usted la apuesta va usted a ser el hombre más célebre de Londres.

NICK — ¡No me disgustaría! ¡Excelente tabaco!

VIZC. — Es de un sabor muy exquisito, ¿verdad? Tiene un aroma que a veces marea.

NICK — Cierto. ¡Es particular! ¡Tengo la cabeza pesada!

VIZC. — Pasará en seguida.

DUQUE — Otra copa.

VIZC. — A la salud del gran empresario.

JENKINS — A su salud.

(Nick se ha dormido. En el mismo instante en que los tres se levantan para convencerse de ello entran Nix y Jessie con ramos de flores, fotografías y periódicos.)

ESCENA FINAL

DICHOS. NIX, JESSIE, luego LILY y VIOLETA

NIX — Míralo, aquí está. Esta noche ha de contratarte sin remedio. ¡Mister Morton!

DUQUE — ¡Silencio! ¡No le despierten ustedes! Le estaba contando la Leyenda del Gran sueño y se ha dormido.

NIX — ¿Qué leyenda es esa, señor Duque?

DUQUE — Una que les gustaría a ustedes mucho. Ya se la contaré otro día.

NIX — No, ahora, ¿verdad, Jessie?

JESSIE — Sí, ahora.

NIX — Entretanto despertará. Yo no me separo de él en toda la noche.

DUQUE — Pues bien. (El Vizconde y Jenkins se han ido.) En un pueblo del Africa del Sur había un minero riquísimo que tenía una hija muy hermosa a la que quería más que a las niñas de sus ojos y a la que sin duda guardaba para esposa de algún emperador. Un día un negro de su servidumbre se permitió abrazarla. Irritado el minero, ató al atrevido a un árbol y mandó aplicarle tal número de azotes, que el infeliz convertido en una masa informe, cayó muerto a sus pies. Sa-

tisfecho el minero de su hazaña se acostó tranquilamente; pero apenas el reloj que tenía en su alcoba dió las doce de la noche, (El reloj de la pensión da las doce.) se apagaron como por encanto las luces de la habitación y allá en la pared se vieron brillar unos ojos de fuego... (En este momento se apagan las luces. En la habitación del fondo se ven brillar dos puntos luminosos.)

NIX }
JESSIE } ¡¡Ay!! (Lanzan un grito terrible y huyen. El Duque desaparece tras ellas cerrando la vidriera. En la habitación del fondo se ve a Lily, al Vizccnde y a Jenkins, que alumbrándose con linternas eléctricas se acercan a Nick Carter, al que atan con una cuerda y lo meten en el saloncito, cuya vidriera cierran tras sí.)

VIZC. Pronto. Al sótano con él. No despertará hasta mañana. (Vanse Por la primera derecha aparece Violeta, que avanza con precaución y se dirige a mirar por los visillos del fondo.)

VIOL. ¡Lo han secuestrado! No importa. Yo le salvaré. (Con igual precaución vuelve a marchar por la primera derecha.)

FIN DEL ACTC TERCERO



ACTO CUARTO

El dormitorio de la artista Violeta Bécker. Es una habitación elegante y coqueta. Cama de bronce con cortinas blancas, mesita-tocador, secreter, sillería. Al fondo, balcón con visillos, uno de los cuales estará algo descorrido. Dos puertas; una de comunicación.

ESCENA PRIMERA

VIZCONDE y LILY

El Vizconde cerca del balcón, que está entreabierto, vigila hacia el exterior. No hay más luz que la que entra por la primera derecha que está abierta

LILY ¿Y si fallara el golpe nuevamente?

VIZC. No lo creo. Puesto que no se han encontrado las joyas y los criados afirman que han desaparecido, no hay duda que están ocultas en la chimenea como asegura ese hombre.

LILY ¿No dices tú que el Barón andaba estos últimos días escaso de dinero?

VIZC. Sí, ¿y qué?

LILY Que pudo muy bien haber obligado a Olimpia a entregarle las alhajas para procurárselo.

VIZC. ¡Estás loca! Antes, por el contrario, me consta que el Barón trataba de hacerle un regalo magnífico y que para ello vendió aquel documento al Embajador. La conver-

sación que tuvo en el baile con la Condesa, y que escuché oculto tras una columna, me induce a creerlo así. (Pausa.)

LILY ¡Cuánto tarda Jenkins!

VIZC. ¡Verdaderamente!

LILY ¿Y si ese americano nos hubiese engañado?

VIZC. ¡Ha dado unos detalles tan precisos!...

LILY Yo creo que es más peligroso de lo que tú te figuras. Tal vez sospechando de nosotros nos ha preparado alguna celada.

VIZC. ¡Pues si es así, se ha lucido! No creo que por esta noche pueda inspirarnos ningún temor. El narcótico que contenía el cigarro dura doce horas; así es que hasta mañana a medio día no despertará.

LILY ¿Y no había otro recurso mejor que llevarlo al sótano?...

VIZC. No, porque desde tu habitación era imposible trasladarle a la suya del piso bajo sin despertar sospechas. Se hubiera enterado todo el mundo; hubieran llamado a un médico y quien sabe lo que habría ocurrido. Ya oiste la batahola que armó la vieja cuando la dejamos a oscuras. En cambio, metiéndolo como hicimos dentro de un canasto, pudimos bajarlo al sótano, bajo pretexto de que era equipaje tuyo, de donde lo sacaremos una vez las joyas estén en nuestro poder, para dejarlo tranquilamente en su cama.

LILY Pudimos haberlo dejado en la mía.

VIZC. Para que Violeta sospechara al verle cuando entró repentinamente a decirnos que se iba al restaurant y que no volvería hasta dentro de un par de horas.

LILY Tienes razón. Es que me pareció que alguien nos seguía los pasos al bajar al sótano.

VIZC. Aprensiones tuyas. (Pausa.)

LILY ¿No crees que Violeta puede volver antes de lo que esperamos?

VIZC. No; la hemos visto tomar un coche en la esquina del Alhambra y dirigirse hacia el Strand.

LILY ¡Maldito Jenkins!

VIZC. ¡No te impacientes! Ya sabes que para en-

trar por el balcón necesita quitar los tornillos de la planchita de hierro que sujeta las dos hojas y luego atornillarlos al salir y eso requiere tiempo. Si hubiésemos podido tomar estas habitaciones, todo estaba arreglado.

LILY ¿Cómo figurarnos que pudiéramos necesitar el balcón alguna vez para pasar a la casa vecina? Al combinar nuestro plan Violeta las ocupaba ya y no podíamos insistir en que las dejase sin despertar sospechas.

VIZC. ¡Por fortuna hay esta puerta de comunicación! (Por la primera derecha.)

LILY Pero nos vemos obligados a apelar a mil recursos para alejarla a ella de aquí. Anteayer pudiste llevarla al baile, pero hoy, ¿cómo nos hubiéramos arreglado si no se marcha al restaurant?

VIZC. No sé; algo se nos habría ocurrido. (Pausa.)

LILY ¿Crees que Jenkins dará con las alhajas?

VIZC. Forzosamente.

LILY ¿Y si encontrara en la habitación algún policía?

VIZC. Imposible. Está prohibido entrar en la alcoba de la víctima sin orden expresa del Juez. Además, estas no son horas de proceder a nuevos reconocimientos.

LILY ¡Tengo tanto miedo!

VIZC. ¡Miedo, de qué!

LILY De que se descubra que hemos sido nosotros.

VIZC. ¡Deliras! Todo acusa al Barón. ¡Su pasión por el juego, el documento desaparecido, su salida del baile, los disgustos que tenía con Olimpia, sus celos, todo! El golpe ha sido meditado con tiempo y llevado a cabo con toda precisión. ¿Que falló lo de las joyas? Eso no es culpa nuestra. ¡Quién iba a sospechar que esa mujer diese en la manía de ocultarlas!

LILY ¿Y si el médico forense descubre al hacer la autopsia que el Barón no se suicidó?

VIZC. ¿Cómo quieres que lo descubra? Nos acercamos a él tranquilamente como quien trata de darle una broma y Jenkins le descerrajó un tiro sin dejarle tiempo de lanzar un ¡ay!

LILY ¿Nadie pudo veros?

VIZC. Nadie. Las voces de los invitados y el ruido de la orquesta apagaron la detonación; le quitamos las diez mil libras y las cartas y asunto concluído. (Pausa.)

LILY Si Jenkins encuentra las joyas, no te olvides de darme el collar.

VIZC. ¿Qué collar?

LILY Aquel que regaló a Olimpia el Príncipe Ludowsky.

VIZC. Imposible, ya sabes que todo tiene que ir a parar a manos de...

LILY Menos el collar. Es condición que impuse. Son ocho perlas solamente; ¡pero qué perlas! ¡Me tienen loca! Te aseguro que cada vez que Olimpia lo lucía en su cuello, me entraban ganas de extrangularla.

VIZC. ¿Pero no comprendes que sería una imprudencia que te lo diésemos? Puede verlo alguien y...

LILY Nada temas, lo guardaré en el fondo de mi baúl para sacarlo únicamente por la noche, cuando todos duerman en la Pensión. Entonces, como avaro que contempla su tesoro...

VIZC. ¡Silencio! (Escuchando.)

LILY ¡Ya está aquí Jenkins! (Escuchando también.)

VIZC. No, es en la otra habitación. Abren la puerta.

LILY ¿Qué dices?

VIZC. Escucha.

LILY ¡Ha vuelto esa condenada! ¡Estamos perdidos!

VIZC. ¡Calla! (La toma de la mano y vanse por la primera derecha cerrando la puerta.)

ESCENA II

NICK CARTER y VIOLETA. Vienen por la primera izquierda

VIOL. Por aquí.

NICK. La recomiendo sobre manera que no encienda usted la luz. ¿Dónde está la puerta de comunicación?

VIOL. Allí. (Por la primera derecha.)

NICK ¡No se oye nada! ¿Habremos llegado tarde?

No. (Corre al balcón que encuentro abierta y lo cierra.) No. (Pausa.) ¿De manera que usted ha visto perfectamente cómo del saloncito me llevaban por el hueco de la chimenea a la habitación de Lily?

VIOL. Sí; después, mirando por el ojo de la cerradura, vi también que lo metían dentro de un canasto y lo llevaban al sótano. Entonces yo, con el afán de salvarle, les dije que me iba al restaurant Adelphi en busca de un amigo y que no volvería hasta dentro de dos horas. Salí a la calle, tomé un coche, del que me apeé al doblar la esquina, y volví a la Pensión, dirigiéndome al sótano a libertarle.

NICK Donde vió usted con asombro que yo me había librado ya de mis ligaduras.

VIOL. Claro; ellos aseguraban que estaba usted dormido.

NICK Eso les hice creer.

VIOL. ¿Y por qué han cometido ese atentado?

NICK Porque les estorbo. Se trata de algo terrible, señorita. Más tarde lo sabrá. Diga usted. ¿Qué ha hecho el Duque de Queenstown al apagarse las luces?

VIOL. Se ha marchado.

NICK ¿Y no ha intervenido para nada en el asunto?

VIOL. No. Cuando me dirigía a la calle le vi en el saloncito de juego.

NICK ¿Quiere usted darme la cartera que le he confiado?

VIOL. Aquí está. (Se acerca al tocador y saca la cartera de un cajoncito.)

NICK Perfectamente. Voy a salir. Le suplico que no abandone para nada sus habitaciones. Apenas yo me marche enciende usted la luz y aguarde tranquilamente en espera de los acontecimientos que no tardarán en desarrollarse. Lo que la encargo sobremanera es que por ningún motivo abra usted este balcón, e impida usted que cualquiera otra persona lo abra. Tengo mis razones.

VIOL. Me deja usted intranquila. ¿Dónde va usted?

NICK A ganar la apuesta.

VIOL. ¿Exponiendo acaso su vida?

NICK — No.

VIOL. — Sentiría tanto que le ocurriese a usted alguna desgracia...

NICK — ¿Por qué, señorita?

VIOL. — Porque ha logrado usted interesarme. ¡Vea usted qué rareza!

NICK — ¿Le parece a usted rareza?

VIOL. — En mí, sí.

NICK — ¿Y si yo le dijera que también ha logrado interesarme usted?

VIOL. — ¿De veras?

NICK — Ha hecho usted por mí lo que no harían muchos.

VIOL. — ¿No había prometido ayudarle?

NICK — Cierto, pero...

VIOL. — Señor Nick Carter, yo quisiera pedirle a usted un favor.

NICK — Usted dirá.

VIOL. — Que acepte mi modesto consejo.

NICK — ¿Y es?...

VIOL. — Que no se meta usted con esa gente. Son muy malos. Los he conocido esta noche. Para usted, nada son diez mil libras; deje, pues, que las gane ese Duque y abandone usted la apuesta.

NICK — Tranquilícese. Les tengo a todos entre mis garras y no se escaparán. Ese duque no gozará de mi dinero.

VIOL. — No se vaya usted.

NICK — ¡Violeta!

VIOL. — No se vaya usted.

NICK — Me voy, pero vuelvo.

VIOL. — ¡No!

NICK — Adiós. (La mira fijamente a la escasa luz que entra por el balcón y la besa.)

ESCENA III

VIOLETA. Después KETTY

VIOL. — ¿Yo, que nunca supe enamorarme de nadie, lo estaré ahora de ese hombre? No. ¡Tonterías! (Se ríe, enciende la luz y toca un timbre.) ¡Sin embargo, tengo el rostro encendido! (Mirándose al espejo.)

KETTY (Entrando.) Señorita.

VIOL. Ayúdame.
(La ayuda a quitarse el vestido.)

KETTY ¿Está usted enferma, señorita?

VIOL. No. Puedes irte.

KETTY Buenas noches. (Vase.)

VIOL. Yo enamorada. ¡Tendría gracia! ¡Ja, ja! (Pausa.) Me pareció oir... ¿Qué hará la Parker ahora? (Corre a la puerta de comunicación y escucha.) ¿Se habrá acostado ya? ¿Por qué encerrarían a ese hombre en el sótano? ¿Serán capaces de cometer un crimen? ¡Ese hueco de la chimenea del saloncito que comunica con la de su habitación me dá en qué pensar! (Pausa. Por la parte visible de la vidriera del balcón aparece una mano gris que trata en vano de abrirlo.) ¡Eh! ¡Qué es esto! ¡Cielos! ¡La mano gris! ¡Aquí! ¡Favor! ¡Socorro!
(La mano desaparece. Violeta corre al timbre y toca. Entra Lily por la primera izquierda.)

ESCENA IV

VIOLETA y LILY

LILY ¿Qué tienes? ¿Por qué gritas?

VIOL. Acabo de ver una mano gris que intentaba abrir el balcón.

LILY ¿Una mano gris?

VIOL. Sí, la misma que vió Olimpia ocho días antes de su muerte.

LILY ¡Estás loca! (Yendo hacia el balcón.)

VIOL. No, no abras.

LILY ¿Por qué?

VIOL. ¡No quiero! ¿Lo oyes? ¡No quiero!

LILY Para convencerme de si es verdad lo que dices.

VIOL. No abras, no abras o llamo a los criados. Tengo miedo de que abras estando las dos solas.

LILY ¿Quieres que llame al Vizconde?

VIOL. No.

LILY Te encuentro algo extraña... recelosa... ¿Te ha ocurrido algo? Dijiste que ibas al restaurant y que no volverías hasta muy tarde. ¿Qué te ha pasado?

VIOL. Nada. Fuí y no encontré a quien buscaba.
LILY ¿Y te pusiste de mal humor?

ESCENA V

DICHOS y DORIS

DORIS ¡Señorita! (Dentro.)
LILY Adelante, Doris.
DORIS (Entrando.) ¿Necesitan ustedes algo?
LILY No.
DORIS ¡Como tocaron el timbre!
VIOL. Es que...
LILY Nada, tonterías suyas.
DORIS Si acaso pídanlo pronto, porque me voy a acostar.
LILY No; puedes retirarte.
DORIS Buenas noches. (Vase.)

ESCENA VI

VIOLETA y LILY

LILY ¿Te calmastes ya?
VIOL. Sí.
LILY ¿Puedo abrir el balcón?
VIOL. Eso no.
LILY Como quieras. ¿De modo que no encontraste a Ricardo en el restaurant?
VIOL. ¿Por qué a Ricardo?
LILY Porque supuse que habías ido a reunirte con él.
VIOL. Te engañas.
LILY Mejor. Ricardo estaba esta noche en un palco del Coliseum con la Harris.
VIOL. ¿A mí qué me importa?
LILY Te lo digo por si lo ignorabas.
VIOL. Eres muy caritativa. Sólo das noticias cuando crees que han de molestar.
LILY Ya veo que te estorbo. Me voy.
VIOL. No, no te vayas. Esa mano que he visto tras de los cristales...
LILY ¿Vuelves a lo mismo?

VIOL. Hazme un ratito de compañía. Hoy no me acuesto hasta que amanezca.

LILY Vamos a mi habitación.

VIOL. No, no quiero salir de mi cuarto.

LILY Pasemos entonces al saloncito. No haces más que mirar hacia el balcón y acabarás por ponerme nerviosa.

VIOL. Bien.

LILY ¿Quieres que me persuada?...

VIOL. No.

LILY ¡Eres incomprensible!

VIOL. Y tú terca. (Vanse.)

ESCENA VII

El VIZCONDE; en seguida NICK CARTER

Apenas desaparecen ábrese con cuidado la puerta de comunicación y entra el Vizconde, que avanza cautelosamente hacia el balcón y lo abre

VIZC. ¡Jenkins! ¡No contesta! ¡Jenkins!

NICK (Entrando por el balcón) Perdón, señor Vizconde; no es Jenkins; soy yo. (Cierra el balcón tras sí.)

VIZC. ¿Usted?

NICK Yo, sí.

VIZC. ¿Usted?

NICK ¿Le extraña mucho?

VIZC. ¿Pero cómo ha venido usted aquí?

NICK Soñando.

VIZC. ¿Eh?

NICK No le asombre; digo la verdad; soñando. ¿Es esta la habitación de la Parker?

VIZC. (Después de vacilar.) Sí.

NICK ¡Me gusta! ¡Es elegante! Con su permiso. (Se sienta, saca un cigarro y lo ofrece al Vizconde.) Tome usted.

VIZC. Gracias. (Rehusando.)

NICK Vamos, tome usted. No lo rechace. Debe usted fumarlo. ¿No he fumado antes el que usted me dió?

VIZC. Cierto.

NICK Entonces fume usted; no le queda otro remedio.

VIZC. ¿Y si yo me negara?

NICK Haría usted muy mal. Los norte-americanos somos obstinados en extremo, y para nosotros un desprecio es peor que un insulto. Así, pues, si no lo fuma usted buenamente, me veré obligado a hacérselo fumar a la fuerza. (Saca un revólver.)

VIZC. ¿Eh?

NICK ¿Un fosforito? (Enciende un fósforo y se lo da.)

VIZC. Gracias. (Enciende de mala gana su cigarro.).

NICK Pues verá usted qué sueño tan original. Acababa yo de encender aquel exquisito cigarro que usted me dió, cuando un sueño espantoso invadió mi mente; sentí que mis ojos se cerraban a impulsos de una fuerza misteriosa y me quedé profundamente dormido. Supongo que ustedes me trasladarían a mi habitación dejándome en la cama; el caso es que al cabo de unos momentos empecé a soñar y soñé que yo no era yo, que era otra persona; que era ese señor Jenkins, gran amigo suyo, y que encerrado con usted y la Parker en su habitación, tramábamos entre los tres algo terrible. Usted decía, es necesario que la asesinemos para apoderarnos de sus joyas. ¿A quién? pregunté yo. A esa Olimpia de Fleurs que vive al lado, me contestó usted, añadiendo: y tú te encargarás de la comisión. Dí un salto en la silla como ese que acaba usted de dar y quise levantarme, pero usted me lo impidió como yo se lo impido ahora. (El Vizconde da un salto en la silla y trata de levantarse.) La Parker agregó, no hay más remedio; recuerda el pacto que tenemos hecho los tres y la obligación de acatar lo que disponga nuestro jefe. Me resigné. Combinamos el plan y quedó decidido lo siguiente: Yo me quedaría leyendo tranquilamente en el saloncito de lectura de la Pensión: usted llevaría a Violeta al baile de la embajada para que no estorbase, y Lily a la salida del Coliseum, en lugar de volver directamente a su casa, iría al restaurant a esperarles a ustedes; de esta manera las habitaciones de Violeta y de Lily quedaban libres durante largas horas..

VIZC. ¿Para qué?

NICK. Eso pregunté yo, ¿para qué? y usted me contestó, ¡no seas torpe! Apenas te encuentres solo en el saloncito, utilizas el angosto paso que abrimos en la chimenea y que comunica con la de la habitación de Lily; una vez en ella pasas por la puerta de comunicación a la alcoba de Violeta, abres el balcón, y como la distancia que le separa del de al lado es muy poca, saltas y ya estás en casa de Olimpia. (El Vizconde se levanta.) Siéntese usted, que ahora viene lo más curioso.

VIZC. Pero... (Mirando hacia el balcón.)

NICK. Siéntese usted No hay miedo a que nadie entre por allí. Tengo mi revólver para impedirlo. (Apuntando al Vizconde con el revólver.) Querido Vizconde, yo le dije: recuerde que me falta la primera falange de este dedo y que si dejo alguna señal... (Para señalar la falange que le falta a Jenkis, deja el revólver sobre la mesa, del cual no separa la vista el Vizconde.) Tranquilízate, me respondió usted, aquí tienes este guante preparado convenientemente, y me alargó un guante gris que se ajustaba a mi mano e impedía dejar ninguna impresión digital. Llegó el momento; salté por el balcón; penetré en las habitaciones de Olimpia, que despertó al ruido, pero yo la cogí fuertemente por el cuello, y antes de que pudiera lanzar un sólo grito, la extrangulé. Todo pasó con la rapidez del rayo. Registré todos los muebles minuciosamente en busca de las codiciadas joyas, abriendo los cajones con llaves especiales para no dejar señal de fractura, pero, ¡oh, milagro providencial! las joyas habían desaparecido, no las encontraba por ninguna parte. Más de una hora pasé revolviéndolo todo sin hallar ni una miserable sortija, hasta que descorazonado resolví marcharme, maldiciendo de mi mala estrella que me había hecho cometer un crimen inútil; mas al darme vuelta noté con estupor que el cadáver de Olimpia se había sentado tranquilamente en la cama y que sus ojos, sin vida, me miraban burlonamente como queriendo decir: ¡te has molestado

inútilmente, nunca sabrás dónde las he escondido! Me entró un miedo terrible; sentí erizarse mis cabellos y flaquear mis piernas, pero haciendo un esfuerzo sobrehumano pude abrir el balcón y llegar hasta aquí. Fué entonces cuando desperté, viendo con asombro que no me hallaba en mi alcoba; por eso le dije a usted que había venido aquí soñando.

VIZC. (Tomando rápidamente el revólver y apuntando a Nick.) ¡Ah, canalla; lo sabes todo! (Al ir a disparar le faltan las fuerzas y cae dormido.)

NICK ¿Qué le pasa a usted? (El Vizconde queda inmóvil.) ¡Se ha dormido! (Le quita el revólver que deja sobre la mesa.) ¡No comprendiste, imbécil, que quise combatirte con tus propias armas y fumaste el cigarro que me habías destinado a mí!

ESCENA VIII

DICHOS, LILY y VIOLETA

VIOL. (Dentro.) ¡Juraría que oí voces!

LILY (Dentro.) ¡Te engañas!

NICK (Abriendo la puerta.) No, señoritas, no se engañan ustedes. Somos nosotros.

(Entran Violeta y Lily.)

LILY ¿Usted?

VIOL. ¿Usted? ¿Por dónde ha entrado?

NICK Por el mismo sitio por donde entró el Vizconde; por la puerta de comunicación.

VIOL. ¿Pero y la llave?

NICK Es muy fácil procurársela.

LILY (Queriendo despertar al Vizconde.) ¡Enrique! ¿Qué es esto? ¡No comprendo!

NICK (A Violeta.) Señorita, tenga usted la bondad de ir a mi habitación y suplicar a dos caballeros que encontrará en ella que vengan. Es la número 32. Aguardarán en ese saloncito hasta que yo les llame.

VIOL. En seguida.

NICK Al propio tiempo haga usted que cualquiera de los empleados comunique al duque de Queenstown, que está jugando al pocker,

que la señorita Lily Parker desea hablarle.

LILY — Pero Enrique.

VIOL. — ¿Qué le pasa al Vizconde?

NICK — Nada.

VIOL. — ¿Quiere usted explicarme?

NICK — ¿Quiere usted hacerme el favor?... (Vase Violeta.)

ESCENA IX

NICK CARTER, LILY y VIZCONDE dormido

LILY — ¡Enrique!

NICK — No se esfuerce usted inútilmente. El Vizconde no despertará hasta mañana y en un sitio para él inesperado.

LILY — ¿Pero qué sucede?

NICK — Nada. Le conté la leyenda del gran sueño y se ha dormido.

LILY — ¿Qué leyenda es esa?

NICK — Una que suele contar el duque de Queenstown a los que le estorban.

LILY — ¿Y el Vizconde le estorbaba a usted?

NICK — Sí. Necesito hablar con usted a solas.

LILY — ¿Respecto?...

NICK — Respecto a lo ocurrido en esta casa.

LILY — ¿Pues qué ha ocurrido?

NICK — Ah, ¿no lo sabe usted?

LILY — No.

NICK — Pues... parece ser que Jenkins, ese señor Jenkins, íntimo amigo de ustedes, intentaba pasar por el balcón a la casa vecina, pero tuvo la desgracia de que se le escurriera un pie y ha caído a la calle.

LILY — ¿Y ha muerto? (Dirigiéndose al balcón.)

NICK — No se asome usted porque sería inútil.

LILY — Pero... ¿ha muerto?

NICK — Mientras lo llevaban al hospital; sin embargo antes de morir ha hecho importantes revelaciones.

LILY — ¿Qué ha dicho?

NICK — Que fué él quién asesinó a Olimpia de Fleurs.

LILY — ¡Qué horror!

NICK — Ha declarado además que tenía cómplices

con ayuda de los cuales me secuestró a mí encerrándome en el sótano de esta casa de donde me sacaron hace poco.

LILY ¿Y esos cómplices?

NICK Esos cómplices son usted y el Vizconde.

LILY ¡Miente! ¡miente! ¡Oh, qué infamia!

NICK Eso he pensado yo, ¡qué infamia! ¿Cómo es posible que Lily que era gran amiga de Olimpia?.. ¡pero qué quiere usted! la policía le ha hecho caso y no creo que tarde en venir a prenderla.

LILY ¿A mí?

NICK A la célebre Lily Parker del Coliseum.

LILY ¡Qué vergüenza! ¡Ah, pero yo desmentiré a ese bandido!

NICK El habrá presentado pruebas.

LILY No puede presentar ninguna.

NICK ¿Por qué?

LILY Porque yo no he intervenido nunca directamente en el asunto.

NICK Pero indirectamente sí.

LILY Tampoco.

NICK Usted acaba de confesarlo.

LILY No es cierto.

NICK Sea usted sincera. Dígame a mí toda la verdad; tal vez pueda hacer algo por salvarla.

LILY ¿Qué he de decir?

NICK ¿Quién ha sido el instigador del crimen?

LILY ¡Pero si no sé nada, no sé nada! yo no he sido cómplice; soy inocente.

NICK Todos empiezan negando pero acaban por confesar. ¡No ve usted que no hay escapatoria posible! Jenkins les ha denunciado a ustedes, manifestando además que existía otra persona que es la que ocultamente dirigía el delito. ¿Existe verdaderamente esa persona? ¿Quién es?

LILY No sé nada; no sé nada.

NICK Hable usted pronto. ¡Llega la justicia!

LILY ¡Sálveme usted!

NICK ¿Quién es esa persona?

LILY Lo ignoro. Me consta únicamente que Jenkins estaba complicado en otros delitos

NICK ¿Cuáles?

LILY El robo del Banco Australiano, el rapto de la señorita Jeffries...

NICK ¿Y qué más?

LILY No sé más; no sé más.

NICK ¿Entonces existe ese jefe?

LILY Sí.

NICK ¿Quién es?

LILY Lo ignoro. Se lo juro a usted. Nunca han querido decírmelo.

(Momentos antes ha aparecido el Duque por la puerta de comunicación y oye el final de la escena. Se acerca tranquilamente a la mesa, toma el revólver y apunta a Lily dispuesto a tirar si pronuncia su nombre. Nick le ve por el espejo)

ESCENA X

DICHOS y el DUQUE

NICK Por última vez; ese nombre o llamo a los policemen.

LILY Pues bien es...

(El Duque apunta a Lily.)

NICK Puede usted hacer jugar el disparador, señor Duque, está descargado.

(Lily al oir eso retrocede asustada.)

DUQUE (Después de examinar el revólver.) ¡Tiene usted razón!

NICK (A Lily.) Tranquilícese usted, señorita, sé lo que me importaba saber.

DUQUE (A Lily.) ¿Me ha mandado usted llamar?

NICK He sido yo, caballero.

DUQUE ¿Para qué?

NICK Para decirle que he ganado la apuesta.

DUQUE ¡Imposible!

NICK Ya ve usted si me ha sido fácil; en dos días. Eso no lo hace ni el mismo Sherlock Holmes.

DUQUE ¿Dónde están las pruebas?

NICK Voy a dárselas a usted, pero delante de testigos. (Va a la primera izquierda y hace una seña.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, HOOKINS, VIOLETA y un POLICÍA. Después JENKINS y POLICEMEN

NICK — Por aquí, señores. (Entran Hookins, el Policía y Violeta.) Mister Hookins, detective. El señor Duque de Queenstown.

HOOK. — ¡Caballero!

DUQUE — ¡Caballero!

NICK — Le he llamado a usted para que declare ante el señor, que he sido yo quien ha descubierto al asesino de Olimpia de Fleurs, que acaba de ser preso, al intentar huir por el balcón con los bolsillos llenos de joyas

HOOK. — Así lo declaro.

DUQUE — ¿Y quién es el asesino?

NICK — Vea usted. El hombre de la mano gris (Abre el balcón tras del cual aparece Jenkins rodeado de policías, lleva guante gris.)

LILY — ¡Jenkins! ¡Me ha engañado ese canalla!

NICK — Denuncio también como cómplices del delito al Vizconde de Yare y a miss Lily Parker aquí presentes.

VIOL. — ¡Cielos!

(Lily oculta la cara entre sus manos.)

NICK — ¿Creo, señor Duque, que no negará usted que ha perdido la apuesta?

DUQUE — Al contrario. Le felicito. Deuda de juego deuda pagada. (Dándole varios billetes.)

NICK — ¿Cómo? ¿Llevaba usted ya la cantidad?

DUQUE — Yo llevo siempre encima una fortuna.

NICK — ¡Perfectamente! (Examinando los billetes.) He descubierto al autor del asesinato y a sus cómplices. Me faltaba descubrir al jefe de esta reducida cuadrilla; pero le tengo ya.

DUQUE — ¡Cómo!

(Nick da al detective un cablegrama, una nota y los billetes que acaba de entregarle el Duque.)

NICK — Señor Hookins, por este cablegrama del Cónsul alemán de la Colonia del Cabo se convencerá de que allí nadie conoce a ningún Duque de Queenstown como dueño de minas de diamantes, por lo tanto el señor

miente, es un aventurero. En su poder acaban de encontrarse parte de los billetes de Banco robados al Barón de Roxbury en el baile de la embajada, según nota de mi primo el Conde Weisen; puedo, por lo tanto, asegurar que este hombre es el jefe que buscábamos. Señor Duque de Queenstown, en nombre de Su Majestad Británica dese usted a prisión. (*Nick apunta con su revólver al Duque. Este permanece inmóvil mirándolo con altanería. Cuadro. Telón.*)

FIN DE LA OBRA

Precio: DOS pesetas